



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA**

---

***Recuerdos y apuntamientos (1886) de José Caicedo Rojas: una historia no convencional de Colombia***

**David Fernando Riaño Gallego**

**Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura  
Maestría en Estudios Literarios  
Bogotá, Colombia  
2023**



***Recuerdos y apuntamientos (1886) de José Caicedo Rojas: una historia no convencional de Colombia***

**David Fernando Riaño Gallego**

**Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Magíster en Estudios Literarios**

**Director:  
Ph.D., Iván Vicente Padilla Chasing**

**Línea de profundización:  
Literatura colombiana del siglo XIX**

**Universidad Nacional de Colombia  
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura  
Maestría en Estudios Literarios  
Bogotá, Colombia  
Mayo 08, 2023**



*Con excepción de los profetas, todos los demás hombres notables por su genio son la síntesis y no el paréntesis de una generación.*

José María Vergara y Vergara

*¿Qué proviene, en lo que conocemos, del observador (nosotros) y que proviene de lo que es? Esta pregunta no tiene respuesta ni nunca la tendrá.*

Cornelius Castoriadis



A mi esposa y mis padres, rocas de amor y apoyo inamovibles,  
A mi director, cuya vocación no se contenta con menos que la rigurosidad,  
A Jesús, quien tuvo a bien morir en la cruz por mí.



## Resumen

**Título:** Recuerdos y apuntamientos (1886) de José Caicedo Rojas: una historia no convencional de Colombia.

José Caicedo Rojas es uno de los autores que constituyen el canon del así llamado Costumbrismo en Colombia. Sin embargo, al igual que sucede con otros autores, sus obras no han sido estudiadas desde un punto de vista literario; en términos generales, sólo han sido apreciadas desde el punto de vista del color local y las costumbres. Las siguientes páginas pretenden descubrir el proyecto estético que anida en *Recuerdos y apuntamientos* de José Caicedo Rojas, publicada en 1886, en el contexto de la Regeneración en Colombia. La primera parte es un estudio de la estructura y la forma composicional de la obra, que demuestra que ésta constituye una historia “no convencional”; la segunda es un análisis de la reafirmación del catolicismo a la luz de su contexto sociopolítico, el cual, según el autor, constituyen un elemento unificador en la identidad del país a finales de siglo XIX.

**Palabras clave:** José Caicedo Rojas, siglo XIX colombiano, Regeneración, historia, catolicismo, identidad, Costumbrismo.

## **Abstract**

**Title:** *Recuerdos y apuntamientos* (1886), by José Caicedo Rojas: an unconventional history of Colombia.

José Caicedo Rojas is one of the authors that constitute the canon of the so-called *Costumbrismo* in Colombia. However, much like many other authors, his works have not been studied from a literary perspective; in general terms, critics have only appreciated them from a folkloric viewpoint. The pages below intend to discover the aesthetic project that resides in *Recuerdos y apuntamientos* by José Caicedo Rojas, published in 1886, in the context of Regeneration in Colombia. The first part is a study of the structure and compositional form of the book, which demonstrates that it is a “non-conventional history”; the second part is an analysis of the reaffirmation of Catholicism in the light of its sociopolitical context, which, according to the author, constitutes a unifying element of the country’s identity at the end of the 19th century.

**Keywords:** José Caicedo Rojas, 19th century in Colombia, Regeneration, history, Catholicism, identity, Costumbrismo.

## Abstract

**Titre :** *Recuerdos y apuntamientos* (1886) de José Caicedo Rojas : une histoire non conventionnelle de la Colombie.

José Caicedo Rojas est l'un des auteurs qui constituent le canon de ce qu'on appelle *Costumbrismo* en Colombie. Mais, comme pour beaucoup d'autres auteurs, ses œuvres n'ont été étudiées d'un point de vue littéraire ; d'une manière générale, elles n'ont été appréciées qu'au point de vue de la couleur locale et les coutumes. Les pages suivantes visent à découvrir le projet esthétique qui réside dans *Recuerdos y apuntamientos* de José Caicedo Rojas, publiée dans 1886, dans le contexte de la Régénération en Colombie. La première partie est une étude de la structure et la forme compositionnelle de l'œuvre, qui montre qu'elle constitue une « histoire non conventionnelle » ; la seconde partie est une analyse de la réaffirmation du Catholicisme à la lumière de son contexte sociopolitique, qui, d'après l'auteur, constitue un élément fédérateur de l'identité du pays à la fin du XIXème siècle.

**Mots clés :** José Caicedo Rojas, XIXème siècle en Colombie, Régénération, histoire, Catholicisme, identité, Costumbrismo.

## Tabla de contenido

Resumen	9
Introducción	13
Capítulo 1. Una historia no convencional	21
1.1 Aspectos no convencionales de la historia de José Caicedo Rojas	23
1.2 El “recuerdo” como fuente histórica en <i>Recuerdos y apuntamientos</i>	26
1.3 “Un centón”: una revisión de las historias colombianas del siglo XIX en <i>Recuerdos y Apuntamientos</i>	31
1.4 El humor como elemento evaluador de los fenómenos histórico-sociales	35
1.5 El uso de la literatura de costumbres: fusión y reforma	43
Capítulo 2. La religión católica como elemento unificador de la identidad “colombiana” a partir de la Regeneración.	51
2.1 <i>Recuerdos y apuntamientos</i> y el ideario regeneracionista	52
2.2 El arte religioso como medio para la toma de posición	57
2.3 La unidad entre la razón científica y la fe	63
2.4 La tradición oral como muestra de los “modelos ideales” cristianos	70
Consideraciones finales	77
Bibliografía	80

## Introducción

La independencia de los países del continente latinoamericano se origina con la aparición de un ciudadano con conciencia histórica, que se entiende a sí mismo como un agente fundamental en la construcción de su propia historia y como parte de una nación naciente y libre. La conciencia de este ciudadano exige la búsqueda de una identidad nacional, la creación de aquellos símbolos que pudieran consolidar un imaginario propio de los nuevos estados independientes; estos países nacentes se enfrentaban al problema de, en palabras de Castoriadis, “definir su identidad”:

Toda sociedad hasta ahora ha intentado dar respuesta a cuestiones fundamentales: ¿quiénes somos como colectividad?, ¿qué somos los unos para los otros?, ¿dónde y en qué estamos?, ¿qué queremos, qué deseamos, qué nos hace falta? La sociedad debe definir su “identidad”, su articulación, el mundo, sus relaciones con él y con los objetos que contiene, sus necesidades y sus deseos. Sin la “respuesta” a estas “preguntas”, sin estas “definiciones”, no hay mundo humano, ni sociedad, ni cultura —pues todo se quedaría en caos indiferenciado. El papel de las significaciones imaginarias es proporcionar a estas preguntas una respuesta, respuesta que, con toda evidencia, ni la “realidad” ni la “racionalidad” pueden proporcionar. (Castoriadis, 2013: 236)

En este esfuerzo de la sociedad por inventarse a sí misma, buscando las respuestas que pudieran sacarla de aquél “caos indiferenciado” característico de su reciente estatus de nación independiente, los intelectuales de orientación literaria jugaron un papel fundamental en erigir las nuevas naciones desde un punto de vista cultural, dotándolas de una literatura nacional que contuviera esos símbolos; ese imaginario no se fundamentó en la “racionalidad” sino en las “significaciones imaginarias”, plasmadas en la literatura. Como lo evidencia Padilla, “La aparición de las historias literarias nacionales en Hispanoamérica coincide con la consolidación de los estados nacionales” (Padilla, 2010: 123).

Por esta razón, la literatura decimonónica en Colombia es tan importante en el conjunto total de las letras nacionales: es el origen del proyecto imaginario de nación. Los escritores del así llamado *costumbrismo*, movimiento literario que floreció en el continente a lo largo del siglo XIX, hicieron un gran aporte en la construcción imaginaria de las nuevas “comunidades políticas imaginadas” (Anderson, 1993: 23). Padilla describe con precisión este interés del escritor de costumbres:

poseído del sentido de pertenencia, patria o nación, volcará su intención estética y crítica sobre lo que conoce y sobre la realidad que vive. Su interés es representar la problemática relación que se establece entre los seres humanos (en este tipo de literatura a través de sus usos, maneras y

costumbres) y los procesos históricos, sociales y culturales de los cuales él mismo hace parte. (Padilla, 2021: 7)

Así, con una fuerte conciencia de identidad nacional, los autores costumbristas neogranadinos dieron lugar a una tradición literaria basada en la representación de lo que observaban. Sobre todo, en la segunda mitad del siglo XIX, con la actitud moderna de observar el mundo tal cual es y construir una nueva realidad nacional, el costumbrismo formó una gran constelación de cuadros de costumbres, novelas, artículos, biografías y una variada diversidad de géneros en torno a un mismo conjunto de problemas. Un mismo espíritu unificador caracteriza de manera particular esta literatura.

Pero, a pesar de haber un consenso en la importancia de este movimiento, la crítica literaria que se ha hecho alrededor de él aún es poca y muchos de sus aspectos permanecen inexplorados. María Teresa Cristina dijo al respecto hace treinta años que “[La literatura costumbrista] ha sido poco estudiada y hoy en día su conocimiento es limitado” (Cristina, 1992: 110). ¿Por qué la investigación sobre el costumbrismo en Colombia es todavía inmadura? Como lo afirma Cristina, “pesa sobre [él] el estigma del provincialismo y la superficialidad —si no de la banalidad— ” (110). Dicha reflexión de hace treinta años sigue siendo cierta hasta el día de hoy. De igual manera, Padilla observa que la crítica y el público en general han leído las obras del llamado costumbrismo desde un punto de vista documental de gran interés histórico, sociológico, antropológico y folclórico, dejando de lado su carácter estético y literario. En la selección de artículos del *Museo de cuadros de costumbres*, editada por Filomena, Padilla afirma que:

Por abordar la heterogeneidad cultural contenida en el territorio nacional, la obra puede ser considerada como [un] análisis estético de las etapas de la vida de los colombianos hasta entonces. Tal vez por esta razón, en detrimento de su valor literario, el *museo* ha sido estudiado desde una perspectiva sociológica o histórica. Llama la atención que las pocas tesis al respecto realizadas por estudiosos de la literatura se dejan condicionar por esta tendencia, desconociendo su dimensión literaria. (Padilla, 2017a: 10)

Son pocos los autores que reconocen en los escritos costumbristas elaboradas críticas sociales y problemas humanos complejos. Aunque Padilla, en su trabajo *Manuela y el socialismo utópico*, ha subsanado este problema de manera parcial al estudiar la obra de Eugenio Díaz con una perspectiva estética y sociocultural, la mayoría de la crítica literaria alrededor del costumbrismo colombiano sigue limitada al aspecto documental de las obras. Padilla ha llamado la atención sobre este fenómeno y ha destacado la importancia de que más investigadores

descubran los proyectos estéticos de las obras del costumbrismo: “Con pocas excepciones, la forma como la crítica colombiana aborda las llamadas novelas de costumbres demuestra que no se ha descifrado la manera como el carácter accesorio de las técnicas narrativas, derivadas del cuadro y del artículo de costumbres, se insertan en ellas” (Padilla, 2021: 14).

Es evidente que la crítica literaria colombiana no se ha propuesto desentrañar los proyectos estéticos que subyacen en las obras de los diferentes autores del costumbrismo en Colombia. La crítica ha llegado a un consenso sobre los autores canónicos, pero pocos trabajos se han hecho sobre autores y obras específicas que vayan más allá de cortos comentarios en artículos y publicaciones de diferente índole. Con excepción de figuras como José María Vergara y Vergara y Eugenio Díaz, los autores del costumbrismo y sus obras permanecen ampliamente inexplorados.

Así, podemos formular una de las grandes hipótesis de las que parte el presente trabajo: muchos autores costumbristas hicieron importantes contribuciones a la construcción del proyecto de la nación colombiana, pero sus obras no han sido suficientemente estudiadas para descubrir su “valor literario” y atribuirles, de acuerdo con su sentido histórico y cultural, un “valor estético”.<sup>1</sup> Tomo estos términos, valor estético y valor literario, de los postulados de Jan Mukarovsky. El valor estético se refiere a la valoración subjetiva que el receptor de la obra le atribuye a la misma (Jandová, J. y Volek, E., 2020: 170). Este valor no es una sustancia inamovible y definida, sino cambiante, y los cambios dependerán de los lectores, las épocas y las tradiciones artísticas a través de cuyos “prismas” se perciba la obra. Para él, no se puede desligar una obra completamente de su lector, y él lo demuestra con la siguiente cita de Wilde:

[...] el sentido de toda bella cosa creada está tanto, cuando menos, en el alma de quien la contempla como en el alma que la creó. E incluso es más bien el espectador quien presta a la cosa bella sus innumerables significados y nos la hace maravillosa, poniéndola en nuevas relaciones con la época, hasta el punto de que llega a ser una parte esencial de nuestras vidas. (177)

Por su parte, el valor literario hace referencia a la integridad de la obra y a la totalidad de sus aspectos compositivos.

De esta hipótesis se desprende una gran pregunta que este trabajo sólo pretende responder parcialmente: ¿a qué nuevas conclusiones llegaremos si estudiamos la obra de aquellos autores del costumbrismo que permanecen inexplorados? Hacer un estudio profundo de dicha literatura,

---

<sup>1</sup> Esta hipótesis surge de los problemas trabajados en la materia “Seminario de novela colombiana del siglo XIX”, ofrecido por el profesor Iván Padilla en la Maestría de Estudios Literarios de la Universidad Nacional de Colombia, en el año 2019.

dejando el estigma del provincialismo y el pintoresquismo, y abordarlos desde el punto de vista literario como lo propone Padilla, sin convertirlos en documentos en los cuales sólo se busca información, permitirá entender mejor su naturaleza estética y el temprano proyecto de nación que anida en ellos.

Con el objetivo de responder a esta pregunta, en este trabajo propongo analizar en profundidad una obra importante del costumbrismo en Colombia, de un autor que no ha sido explorado a profundidad, como es el caso de José Caicedo Rojas y su obra *Recuerdos y apuntamientos*.

Uno de los participantes más importantes del periódico *El Mosaico*, cuya tertulia la componían muchos de los autores principales del canon del costumbrismo en Colombia, fue José Caicedo Rojas (1816 - 1898). Fue un intelectual santafereño que desarrolló su obra en la Colombia de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo en Bogotá. Desempeñó un papel muy importante en el desarrollo de la educación en el país y la promoción del arte en general. Fue el fundador de la *Sociedad Filarmónica* y trabajó en diferentes instituciones educativas a lo largo de toda su vida. Participó activamente en la vida pública y la prensa, en prácticamente todos los periódicos de su época.

Caicedo Rojas practicó una gran variedad de géneros: poesía, teatro, prensa, crítica, biografía, crónica, novela. Entre sus trabajos, se distinguen sus novelas y cuadros, sobre los cuales Marroquín comentó diciendo que eran “(...) composiciones en que pinta escenas de la naturaleza, sucesos y costumbres, son notables en el género descriptivo. Mezclase en ellas del modo más agradable la gracia, la naturalidad y cierta amable ligereza, con la verdad, la observación y la filosofía” (En Caicedo Rojas. Introducción, 1950: 14). Su interés por construir la memoria nacional lo llevó a realizar un importante número de biografías entre otros escritos de corte histórico. Este trabajo fue ampliamente reconocido por sus contemporáneos.

Sus dos obras más relevantes son *Apuntes de Ranchería y otros escritos escogidos* (Caicedo Rojas, 1884) y *Recuerdos y Apuntamientos* (Caicedo Rojas, 1886)<sup>2</sup>, ambas de fuerte intención histórica y crítica. *Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos* es un compendio de artículos y crónicas, principalmente del género de costumbres, publicados a lo largo de las décadas del

---

<sup>2</sup> Los años allí referenciados para estas dos obras de Caicedo Rojas son los de sus publicaciones originales. Para este trabajo, utilicé las versiones realizadas por el Ministerio de Educación Nacional, publicadas en 1945 y 1950 respectivamente.

cincuenta y el sesenta del siglo XIX en la prensa, y seleccionados para ser publicados en volumen durante el período denominado la *Regeneración*. Aquí Caicedo Rojas se enfoca, de manera crítica, en los usos y maneras de la sociedad neogranadina. Por su parte, *Recuerdos y apuntamientos*, al hacer uso del género de costumbres, pero no limitándose a él, adopta características de los géneros autobiográfico y epistolar para elaborar una historia no convencional del país. Al dirigirse a una amiga muy querida, Caicedo Rojas forma un epistolario con las cartas que envía, todas sin respuesta y con el objetivo de revisar aspectos importantes de la historia del país. En ellas presenta relatos de su propia experiencia y de la tradición oral, tejiendo poco a poco, con un sentido profundamente crítico y humorístico, la identidad del país.

Considero que los trabajos más importantes que ha realizado la crítica literaria colombiana sobre los escritos de Caicedo Rojas pueden dividirse en tres grupos. El primer grupo lo constituyen aquellas investigaciones en las que se han analizado sus escritos a la luz de las circunstancias políticas del momento en el que fueron compuestas las obras y develado las posturas de Caicedo Rojas frente a su situación política presente. Por ejemplo, Mario García Molina, en su artículo *Jesuitas, Masones y Conspiradores: dramas bogotanos a mediados del siglo XIX*, habla de la obra teatral perdida de Caicedo Rojas llamada “Miguel de Cervantes.” Al analizar la obra, la ubica en el contexto de la lucha entre jesuitas y masones de los años 1850, época por la cual Caicedo Rojas tiene una actitud más anticlerical y liberal que hacia el final de su vida, en 1886, cuando escribe *Recuerdos y apuntamientos*. Esta obra teatral fue un esfuerzo por construir una imagen negativa de los jesuitas, y se sumó a otros esfuerzos de los masones en el medio siglo XIX colombiano por expulsar a los jesuitas después de que Mariano Ospina Rodríguez los trajera al país en 1844 (García, 1996: 97). Otro ejemplo es el libro de Ingrid Galster titulado *Aguirre o la posteridad arbitraria*, en donde la autora aborda las diferentes lecturas que se han hecho sobre la rebelión del conquistador vasco Lope de Aguirre. Una de las lecturas en Colombia fue la de José Caicedo Rojas con su narración histórico-novelesca *Un monstruo execrable*, publicada en 1880, en la cual compara la tiranía del conquistador con la de los radicales liberales anticlericales de su tiempo (Galster, 2017: 272).

Un segundo grupo de investigaciones sobre la obra de Caicedo Rojas la componen aquellos trabajos que han reconocido en el autor un papel fundamental en la formación de una imagen nacional. Por ejemplo, María de los Ángeles Ayala, en su artículo titulado *José Caicedo Rojas «El Mesonero colombiano»*, Juan de Dios Restrepo «*El Larra colombiano*» y el «*Museo de cuadros y*

*costumbres*» (1866), habla sobre cómo Caicedo Rojas y Restrepo usaron su literatura para formar un imaginario colombiano:

[Caicedo Rojas y Restrepo] se apoyan en modelos extranjeros, especialmente en las obras de Larra y Mesonero difundidas con celeridad en esas tierras, para amalgamar una imagen literaria que ofrecer tanto a los propios colombianos que estaban embarcados en la aventura de regir sus propios destinos, como a los lectores extranjeros, desconocedores de la verdadera identidad colombiana.” (Ayala, 2017: 9)

El tercer grupo son aquellos trabajos que resaltan la labor de Caicedo Rojas en la promoción de las artes en el país. Por ejemplo, el de Ellie Anne Duque, titulado *La sociedad filarmónica o la vida musical en Bogotá hacia mediados del siglo XIX* (Duque, 1996), y el trabajo de Jaime Cortés Polanía, titulado *Ni Mozarts, ni Rossinis, ni aún Paganinis”: cultura musical en Bogotá, de José Caicedo Rojas a Honorio Alarcón* (Cortés, 2016), analizan el trabajo de José Caicedo Rojas desde el punto de vista de la cultura musical en Colombia, reconociendo su influencia en el desarrollo de este arte a lo largo del siglo XIX. También Angélica María Díaz Vásquez, en su trabajo *Pluma, Papel y tinta: Prensa literaria y escritores en Bogotá, 1846-1898* (2009), describe el desarrollo de la prensa en Bogotá en la segunda mitad del siglo XIX, y allí resalta el papel fundamental que jugó José Caicedo Rojas al participar en *El Mosaico* y otras tertulias y periódicos de la época.

Sin embargo, la limitación de los trabajos ya mencionados y de aquellos que son similares es que no hay un análisis estético de las obras más importantes de Caicedo Rojas en su totalidad. Como se ve aquí, la crítica se ha detenido más en estudiar su papel de gestor cultural con respecto a las artes, en sus posiciones políticas y en su diálogo con otras obras, pero ha dejado de lado el análisis estético de su obra costumbrista. Si bien muchos investigadores hacen un reconocimiento de cuál fue el papel de este autor en la prensa y el arte durante la segunda mitad del siglo XIX, y reconocen algunos de sus artículos más célebres (como *El tiple* y otros igual de cortos y célebres), analizándolos dentro de un contexto político y asignándoles un papel cultural, no hay en ninguno un estudio detallado de una de sus obras completas.

En esta perspectiva, el propósito de este trabajo es realizar una aproximación crítica que comprenda una valoración estética de una de sus dos obras principales, *Recuerdos y apuntamientos*. Mi intención es esclarecer, en la medida de lo posible, las características del proyecto estético de Caicedo Rojas. De igual manera, se trata de entender su modo de participación o toma de posición en el contexto de la época. En lugar de seguir el mismo modelo de la crítica literaria para estudiar la obra de Caicedo Rojas, es decir, rescatando ciertos artículos

representativos, buscaremos hacer un análisis de los aspectos más importantes de la obra en su totalidad; adoptando los conceptos de Bajtin, entenderemos su dedicatoria y sus 28 artículos como un “género discursivo secundario”, es decir, como una sola unidad discursiva con una intención cultural compleja (Bajtín, 1999: 248-250). Una investigación de este tipo ayudará a la labor de hacer una crítica más precisa del costumbrismo colombiano y mostrar el aporte específico de uno de sus autores canónicos. En este sentido, mi lectura de la obra de Caicedo Rojas se inscribe dentro de la perspectiva que propone Padilla en *Manuela y el socialismo utópico*, la cual invita a la crítica colombiana a leer los autores del costumbrismo desde un punto de vista que tenga en cuenta la inserción de las obras en una doble perspectiva histórica: la historia literaria y la historia social y cultural.

Una primera aproximación a la obra me deja observar que el autor convierte en objeto estético de *Recuerdos y apuntamientos* algunos aspectos de la historia de la Nueva Granada. Aquí Caicedo Rojas se confronta con su realidad y, en una perspectiva estética, capta los problemas fundamentales de dicha realidad, con la intención de que sus lectores entiendan mejor su esencia cultural y la naturaleza de sus instituciones. En esta perspectiva, la hipótesis central de esta investigación plantea que el propósito de José Caicedo Rojas en *Recuerdos y apuntamientos* fue contribuir a la elaboración de la memoria nacional y, por ende, de la identidad colombiana, esclareciendo los símbolos claves que, según él, caracterizan al país. De esta hipótesis se desprenden naturalmente dos preguntas problema que guían la escritura de este trabajo. La primera está relacionada con los aspectos formales o composicionales de la obra. Si bien se observa una intención histórica, ¿por qué Caicedo Rojas no adopta el modelo convencional de su época de la Historia?, ¿por qué se decide por una forma (autobiográfica, epistolar) que niega la intención histórica? La segunda tiene que ver con la necesidad de revisar el imaginario nacional a finales del siglo XIX. ¿Por qué Caicedo Rojas experimenta la necesidad de revisar el imaginario nacional durante la Regeneración?

Teniendo esto en cuenta, me he permitido organizar mi trabajo en dos capítulos, cada uno como respuesta a las preguntas anteriormente planteadas. En el primer capítulo, abordo la forma composicional de la obra y la intención de Caicedo Rojas al utilizar estrategias discursivas distintas de las propias de la narración histórica. Mi hipótesis inicial es que *Recuerdos y apuntamientos* es una historia no convencional, en la cual el autor abandona los mecanismos de las historias tradicionales del siglo XIX, caracterizadas por el estudio científico de documentos históricos, el

uso de los mecanismos de la narración tradicional y la prelación en el recuento cronológico de los eventos históricos, para adoptar recursos como la memoria, el humor y los cuadros de costumbres en la revisión de diferentes fenómenos sociohistóricos de su presente. El autor deliberadamente desecha las convenciones de la narración histórica y adopta la de los cuadros y artículos de costumbres, así como los del género epistolar en una correspondencia imaginaria. Por considerar que se trata de una historia no convencional y que el autor analiza diferentes fenómenos de su presente, seguido al primer capítulo, el segundo busca exponer aquello que, en la cosmovisión de Caicedo Rojas, componía el imaginario del país. En la demostración, de acuerdo con mis alcances, me he apoyado en la bibliografía de autores como Borja Gómez, Roger Chartier y Jan Vansina, para analizar las tradiciones artísticas, científicas y de la tradición oral que Caicedo Rojas referencia a lo largo de su obra. Una lectura cuidadosa de toda la obra me permite plantear una hipótesis sobre cuál es, según el autor, el elemento que unifica la identidad del pueblo colombiano.

## Capítulo 1. Una historia no convencional

Desde el punto de vista estético, el costumbrismo se caracterizó por representar y evaluar los usos, maneras y costumbres de la sociedad, pero, desde el punto de vista socio-histórico, el proyecto costumbrista en la Colombia de la época tuvo el propósito de configurar el sistema de símbolos nacionales, así como construir la memoria histórica. Como ya lo notamos en la introducción, muchos de los estudios realizados sobre el trabajo de autores costumbristas se han enfocado en el aspecto folclórico y pintoresco de los cuadros de costumbres. Sin embargo, el proyecto de estos intelectuales iba mucho más allá de describir el color local, tipos sociales o escenas típicas de lo que observaban. Su objetivo era el de construir la identidad nacional para que las generaciones futuras pudieran conocer sus orígenes. La obra de José Caicedo Rojas hace parte de ese esfuerzo.

Para desentrañar el proyecto estético que anida en *Recuerdos y apuntamientos*, vale la pena considerar algunos aspectos composicionales. Caicedo Rojas presenta esta obra como una especie de “correspondencia” (*R y A*, 33)<sup>3</sup> dirigida a una dama no identificada que, aunque el autor le recuerda cosas de la cotidianidad y hace como si estuvieran viviendo el mismo momento histórico, en realidad se trata de una estrategia narrativa para, probablemente, hacer la narración más amena. No hay razón para pensar que se trata de una correspondencia real, pues no hay indicios en la obra de la identidad de su interlocutora o de la situación real en la que ocurre el intercambio. Por el contrario, es más natural pensar que se trata de un recurso retórico, ficcional, en el que se conservan las expresiones y términos utilizados en el género de la carta; todo esto para expresarse de una forma más cercana a la vida cotidiana, de manera que pudiera dar cuenta de lo privado y lo íntimo, desdoblarse frente a su interlocutora y hacer uso del humor y de la anécdota con libertad. Cada una de las “cartas” es presentada como “artículo”. Así, la obra se compone de una dedicatoria inicial y 28 de estos artículos.

Desde la dedicatoria, José Caicedo Rojas hace evidente que su propósito en *Recuerdos y apuntamientos* es evaluar algunos aspectos de la historia colombiana: “Usted ha tenido la bondad de pedirme que le informe por escrito sobre algunos puntos relacionados con la historia de nuestro país” (*R y A*, 16). Aunque al interior de cada parte se refuerza la idea de una correspondencia que, entre otras cosas, no espera respuestas, cada parte se presenta como un artículo sobre un momento,

---

<sup>3</sup> De aquí en adelante citaré los pasajes de *Recuerdos y apuntamientos* con las siglas “*R y A*”, junto con su número de página. En todas las referencias utilizaré la versión de 1950 de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

época, fenómeno o anécdota de la historia colombiana. Sin embargo, su narración no aparece como un tratado histórico exhaustivo anclado a lo factual, a las fechas, a los personajes, entre otros aspectos de las historias tradicionales:

[Estos] recuerdos y apuntamientos no son un trabajo convenientemente preparado, ni hay en ellos un plan regular, ni un orden rigurosamente cronológico: son una miscelánea o centón que por su variedad podría hacer menos enojosa su lectura para usted. (*R y A*, 16)

Desde una perspectiva estética, sus estrategias discursivas hacen de la obra un esfuerzo poco convencional de contar la historia. Esta ruptura con los métodos historiográficos de su época se hace evidente, incluso, en el título, en donde hay un énfasis en el *recuerdo*, y en la selección deliberada de ciertos asuntos que, desde el punto de vista del autor, podrían resultar de vital interés para el lector:

He ofrecido a usted tocar solamente algunos de los puntos capitales en la materia, contrayéndome principalmente al siglo último, en que la vida política y social de la Colonia era ya más seria y digna, y en que se hicieron sentir en ella los ecos de acontecimientos trascendentales en el viejo mundo. (*R y A*, 22)

Así, la hipótesis que pretendo demostrar en este capítulo es que *Recuerdos y apuntamientos* es una historia no convencional del reino de la Nueva Granada hasta la constitución de la República de Colombia durante la Regeneración. Como digno heredero de Scott y Balzac, las obras de Caicedo Rojas descubren el mismo espíritu: su costumbrismo es una interpretación literaria de la historia.

Ahora, aunque el propósito de la obra es revisar la historia del país, es claro que Caicedo Rojas no quería que esta se leyera como un conjunto de artículos, cuadros y documentos históricos independientes. Por el contrario, sólo analizando la obra desde un punto de vista estético, que considere sus 29 divisiones como una sola unidad de carácter literario y artístico, es posible observar en ella una historia del país; si los artículos de esta obra se leyeran individualmente, no serían más que anécdotas entretenidas. La coherencia de esta obra deriva precisamente del orden y la intención histórica que el autor le imprime a cada una de las anécdotas y recuerdos.

Además, es importante notar que esta obra es, en última instancia, una toma de posición frente a los debates y polémicas sociales que tuvieron lugar en la época de su composición. Esto permite entender que la literatura costumbrista se ubica mucho más allá de los usos y maneras. De acuerdo con Padilla:

[...] es necesario reconocer que, más allá del pintoresquismo, el folclorismo y el gusto por el “color local”, el género de costumbres revela un profundo sentido crítico detrás del cual se perfilan diversas maneras de relacionarse con el mundo, radicales tomas de posición y desacuerdos frente a los cambios y transformaciones históricas operadas por las revoluciones de dicho periodo [...] la práctica de los géneros de costumbres permitió, tanto a progresistas como a tradicionalistas, dar testimonio de los cambios de la sociedad, evaluarla de manera desapasionada, expresar su nostalgia, su ideal de progreso y su desenfado. (Padilla, 2021: 7-8)

En términos de Padilla, podemos afirmar que no es un problema en sí mismo el que los historiadores, periodistas, sociólogos y otros estudiosos de la literatura vean los escritos de costumbres como fuentes históricas, pues en ellos estaban plasmados los debates de la época y los diferentes ideales sobre los cuales se estaba construyendo la identidad nacional. Sin embargo, para hallar el testimonio de los fenómenos sociales, es necesario abandonar el folclorismo y el sobre énfasis en el “color local”, para dar paso a un acercamiento estético.

### **1.1 Aspectos no convencionales de la historia de José Caicedo Rojas**

En esta perspectiva estética, me propongo ahora mostrar algunos aspectos específicos de la historia no convencional elaborada por Caicedo Rojas en *Recuerdos y apuntamientos*. Para ello, vale la pena recordar algunas de las características de la forma de hacer historia en el siglo XIX, para luego mostrar en qué sentido la obra de José Caicedo Rojas no sigue los patrones de las historias tradicionales de su época.

De acuerdo con Hayden White, en su libro *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, el método histórico en el siglo XIX contenía una serie de presupuestos sobre cómo debía llevarse a cabo la labor del historiador. White hace énfasis en dos de estos presupuestos: primero, el historiador debía intentar ser científico en la investigación de documentos históricos para averiguar “lo que realmente sucedió”; segundo, el historiador debía contar la historia de una manera atractiva, entretenida y artística, pero sin sobrepasar el uso de los mecanismos de la narración tradicional, llegando a tomar la forma de un “arte libre.” En resumen, pese a que “el historiador debía tratar de ser científico”, la historia era vista como “una combinación de ‘ciencia’ y ‘arte’” (White, 2001: 136). Además, White destaca que los historiadores clásicos del siglo XIX, en contraposición a los filósofos de la historia, se enfocaban en los sucesos y en hacer un relato de ellos, dando prelación a la exactitud y a la cronología:

El método histórico —según lo entendían los historiadores clásicos del siglo XIX— consistía en la disposición de ir a los archivos sin ningún preconcepto en absoluto, estudiar los documentos allí

encontrados y después escribir una historia sobre los sucesos registrados en los documentos para hacer de la historia misma la explicación de “lo que había sucedido” en el pasado. La idea era dejar que la explicación surgiera naturalmente de los documentos mismos, y después describir su significado en forma de relato. (White, 2001: 140-141)

Caicedo Rojas rompe con varias de esas características<sup>4</sup>, pues abandona el uso de documentos históricos, no hace un estudio científico y cronológico de lo que “realmente sucedió”, y elabora su historia con mecanismos que van más allá de la narración tradicional. *Recuerdos y apuntamientos*, al demostrar la escogencia deliberada de temas, posiciones y preconceptos, rompe completamente con el esfuerzo de quedarse con una explicación exacta de lo que se encontraba en las fuentes históricas.

Para ejemplificar el método utilizado por Caicedo Rojas en su narración de la historia, me permito aquí revisar el caso del artículo XVII, en el cual Caicedo Rojas aborda la Guerra de los Comuneros a finales del siglo XVIII. En este artículo el autor se propone mostrar que momentos revolucionarios como este no debían ser politizados con el fin de apoyar los ideales de un partido u otro. Desde antes de narrar los acontecimientos de esta guerra, Caicedo Rojas deja este propósito muy claro al decir lo siguiente:

Diversos pareceres y opiniones ha habido siempre sobre [este acontecimiento], sobre su origen y sus miras, juzgándolo cada cual por el prisma de sus simpatías o antipatías por tal o tal causa política; pero no hay para qué terciar en esta discusión, que se ha apasionado por una parte y otra; documentos hay publicados que darán la luz suficiente al lector imparcial. (*R y A*, 148)

Podemos deducir que Caicedo Rojas criticaba el hecho de que en su tiempo presente los radicales liberales interpretaran momentos como la Guerra de los Comuneros o la Independencia como producidos por ideales de libertad civil y antirreligiosos, buscando que la nación se orientara en una dirección distinta a la propuesta por las instituciones religiosas tradicionales. Ahora, dentro de su propósito de despolitizar este acontecimiento, Caicedo Rojas narra el evento desde una perspectiva diferente. El autor describe su método así:

Por mi parte, no escribo historia: tarea es esa que ya han desempeñado idóneos escritores compatriotas nuestros, y respecto del suceso de que voy a hablar a usted, reciente está el libro que

---

<sup>4</sup> La descripción que aquí uso de “historia convencional” es bastante estrecha y sugiere que la historia es un tratado científico carente de imaginación. Es importante aclarar que tal definición sólo está basada en lo que afirma Hayden White sobre la tendencia general de las historias tradicionales del siglo XIX. El mismo Hayden White explica en su libro que había otros modelos más liberales, amplios y artísticos, pero la explicación de los mismo se sale de los límites de este trabajo. En ese sentido, el método de Caicedo Rojas demuestra romper con la tendencia general de las historias del siglo XIX, pero tal afirmación no aplica a todos los trabajos de historia de dicho siglo.

sobre él escribió nuestro malogrado Manuel Briceño; esa interesante monografía no ha dejado qué desear, ni en la forma, ni en la sustancia. Yo, al hablar de ese acontecimiento, como de otros varios, solo pretendo formar como el índice de ellos, con tal cual referencia y observación relativas a la época presente. (*R y A*, 148)

Como se evidencia en el comentario, el autor hace una diferenciación entre la historia, sobre la cual él dice “Por mi parte, no escribo historia”, y su labor narrativa, que tiene que ver más con “tal cual referencia y observación”, que tiene por propósito traer cierta luz sobre “la época presente.” Más allá de ofrecer un recuento exacto de unos eventos precisos, su intención es asumir una posición crítica frente a algún problema (relacionado con la historia) de su presente.

En el caso específico de este artículo, Caicedo Rojas tiene por propósito afirmar que en su tiempo presente los ideales antirreligiosos no iban a ser el medio para que el país siguiera su desarrollo, como tampoco lo fueron en la Guerra de los Comuneros. A lo largo del artículo Caicedo Rojas narra el origen y desarrollo de la Guerra de los Comuneros de manera bastante resumida, pero el momento principal de su narración es cuando describe la vida de las personas en el Socorro, lugar en donde nació la revuelta. Vale la pena citar aquí la descripción que el autor hace sobre la gente del Socorro y su interpretación, en la cual descarta cualquier posibilidad de politizar los sucesos, sosteniendo que las ideas libertarias modernas no hacían parte del contexto, ni social ni lingüístico, del momento de la revolución de los Comuneros. La postura política de Caicedo Rojas se evidencia al despolitizar los eventos del Socorro; desde su punto de vista, el discurso libertario era demasiado moderno para aparecer en el ideario y en las expresiones de los llamados Comuneros:

Es verosímil que en los ulteriores procedimientos se tuviese alguna mira política, en el sentido restricto de la palabra, porque una revolución es como un incendio, que se sabe cuándo comienza, pero no cuándo acabará, ni hasta dónde se extenderá; mas hay fundamento para dudar de que ese fuese en su principio el carácter del movimiento iniciado en el Socorro, puesto que sólo se trataba de nuevas contribuciones, es decir, de los intereses de la industria y del ataque a la propiedad y bienestar de las gentes trabajadoras. Y así lo hace presumir el haber sido una pobre mujer, que tendría tal vez alguna pequeña industria, la que dio la voz de alarma y encabezó la asonada.

Es dudoso que fuese aquél el primer hervor de un sentimiento aislado de independencia, ni el primer rugido del volcán que había de estallar treinta años después. *Ni esos pueblos podían pensar por entonces en sacudir el yugo de la metrópoli, ni en cambiar la forma de gobierno, ni se hablaba*

*por ese tiempo de soberanía, ni de autonomía, ni de Gobierno propio, frases y palabras casi desconocidas en el idioma político, y mucho más en el lenguaje usual y común.* Los hombres todos de aquella activa e industriosa comarca, aún los que por su posición ocupaban destinos públicos, no pensaban más que en sus propios negocios, en el ejercicio de su respectivas industrias y quehaceres, y en aumentar, por medio de un trabajo honrado y constante, las ganancias con que habían de allegar un regular caudal y proporcionarse una decente pasadía y holgura.

Ni la ambición personal, *ni el espíritu de la filosofía antirreligiosa*, que ya comenzaba a producir en nuestros próceres, todavía jóvenes, el efecto más o menos tardío, que en varios de ellos quedó latente; nada de eso debió de obrar como causa eficiente en la asonada del Socorro. Esa gente era sencilla, sana y religiosa. (*R y A*, 150-151. Énfasis mío)

Después de haber ejemplificado el método utilizado por Caicedo Rojas a lo largo de todo *Recuerdos y apuntamientos*, ahora me permito desarrollar aquí cuatro aspectos específicos que evidencian la ruptura de la obra con el pensamiento histórico tradicional del siglo XIX.

### **1.2 El “recuerdo” como fuente histórica en *Recuerdos y apuntamientos***

El primer elemento no convencional que nos sugiere el título de la obra es el de los “*recuerdos*”: el recorrido de la obra nos permite entender el sentido de este término en el título, puesto que se trata de una historia cuya fuente principal no son los archivos históricos y documentos sino los “recuerdos”, tanto personales como de terceros contemporáneos al autor referidos a través de la tradición oral. Como se puede ver Caicedo Rojas recurre a aquello que en su momento Maurice Halbwachs llamó de manera acertada “la Memoria colectiva.” Si bien *Recuerdos y Apuntamientos* exhibe una intención histórica, vale la pena preguntarse: ¿por qué darle la espalda a la cultura escrita, al uso de los documentos históricos, para elaborar una narración que le permita a los eventuales lectores adquirir cierto conocimiento de nuestro pasado, tradiciones y costumbres? Es probable que la misma materia, en particular hechos relacionados con el arte neogranadino y la implementación de instituciones culturales, por no ser objetos de las historias tradicionales escritas, no tuviera lugar en una de éstas. En el segundo capítulo de su obra *Memoria Colectiva*, al revisar las maneras de hacer historia hasta ese momento, Halbwachs deduce dos maneras de contar el pasado:

La historia no es todo el pasado, pero tampoco es todo lo que queda del pasado. O, dicho de otro modo, junto a la historia escrita hay una historia viva que se perpetúa y renueva a través del tiempo y en la que se pueden encontrar muchas corrientes antiguas que aparentemente habían desaparecido.

Si no fuera así, ¿podríamos hablar de memoria colectiva? ¿Qué servicio podrían prestarnos unos marcos que sólo subsisten en forma de nociones históricas, impersonales y desnudas? (Halbwachs, 2004: 66)

De acuerdo con Halbwachs y con aquello que deduce de la práctica historiográfica, una primera forma de acercarnos al pasado es, entonces, la historia escrita, llena de hechos “impersonales”, de datos y de una cronología vacía para la persona que se acerca a ella. La segunda es la historia “viva”, aquella que se perpetúa a través de la memoria de los grandes colectivos de personas. Halbwachs describe esta memoria colectiva así:

Por lo demás, aparte de los grabados y los libros, en la sociedad actual, el pasado ha dejado muchas marcas, a veces visibles, que percibimos también en la expresión de los rostros, en el aspecto de los lugares e incluso en las formas de pensar y sentir, conservadas inconscientemente y reproducidas por ciertas personas y en ciertos medios. (Halbwachs, 2004: 67-68)

Sin incurrir en ningún tipo de anacronismos, todo indica que Caicedo Rojas se orientó más en el modelo de la memoria colectiva. Esas “marcas invisibles” a las que se refiere Halbwachs son el material fundamental del cual echa mano Caicedo Rojas para revisar la historia colombiana. Si bien muchos de los recuerdos que él menciona fueron experiencias personales, él también apela, principalmente, a aquellos sucesos, costumbres y valores que permanecen en la memoria colectiva para revisar aspectos que las historias convencionales no abordan. Por ejemplo, en la medida en que algunos aspectos relacionados con la religión y la Iglesia católica fueron cuestionados en su momento histórico, en plena Regeneración<sup>5</sup>, al buscar en la memoria colectiva, Caicedo Rojas se ve en la necesidad de traer a su presente la importancia de los principios y costumbres del cristianismo católico transmitido por los conquistadores.

En el fondo, se trata de un ejercicio de memoria, en el que Caicedo Rojas organiza una especie de mosaico a partir de recuerdos de diversos orígenes que le dan un carácter digresivo al escrito; al abandonar el rigor cronológico, el texto toma el ritmo del fluir del pensamiento del ser humano. Por ejemplo, en el primer párrafo del primer artículo, el autor da su perspectiva de la historia y, sin terminar el tema, en el segundo hace una digresión sobre la posibilidad de lograr que la dirección de los globos de aire sea completamente controlada (*R y A*, 17-18). Este ritmo marcado por la memoria le da la libertad de incluir leyendas y anécdotas, “*apuntamientos*” de diferentes

---

<sup>5</sup> Más adelante volveremos sobre este aspecto de la Regeneración.

naturalezas, manteniendo un tono humorístico y crítico. En resumen, la historia elaborada por Caicedo Rojas no es científicista, sino literaria.

Podemos encontrar un ejemplo de esto en el artículo III, en el cual el autor cuenta sobre la reciente muerte de la poetisa colombiana Silveria Espinosa de Rendón, justo el mismo año de la publicación de *Recuerdos y Apuntamientos*. Caicedo Rojas le dice a su interlocutora, “Acepten usted y ella este ligero recuerdo amistoso”, por lo cual sabemos que lo que se narra en este artículo se ubica en la memoria y no en el documento histórico. Es particularmente interesante que el autor reconozca la existencia de un documento histórico, pero que decida no usarlo:

Después de lo que el señor Torres Caicedo dijo de esta compatriota nuestra en un rasgo biográfico publicado en 1858, poco habría que agregar, ni en cuanto a la persona de tan distinguida escritora, ni en cuanto a su mérito moral y literario —bien conocido y apreciado dentro y fuera de nuestro país—, salvo algunos pormenores secundarios, que usted conoce, como yo, y que sólo quiero recordarle. (*R y A*, 31)

En su enfoque, Caicedo Rojas se interesa por aquellos “pormenores secundarios” que se encuentran en su memoria, contrario a los datos oficiales publicados. Estos pormenores son utilizados por el autor como material histórico y como demostración en su toma de posición frente a algunos aspectos religiosos y morales cuestionados por los liberales de la época. Aunque esta toma de posición se desarrollará más adelante en este trabajo, quiero mostrar aquí cómo utiliza su recuerdo. En este mismo artículo dice:

Excusado es, por sabido, hablar de las virtudes de esta señora, ejemplo de su sexo en todos los estados de la vida. Una piedad ilustrada y digna —como fundada en el verdadero conocimiento de nuestra religión—, y un casto pero ardiente amor a la poesía, hija del cielo, fueron los dos polos de su vida, y la órbita en que giraba esa alma candolorosa y tierna. Obrera incansable y paciente de la viña del Señor, hizo todo el bien físico y moral que pudo con sus escritos, con sus palabras, con su caridad, con sus ejemplos todos. (*R y A*, 32)

En este apartado, no solo se ofrece una opinión sobre Silveria Espinosa de Rendón, sino que hay una caracterización de la intelectual colombiana ideal: una persona que ama el arte, que su conducta es “digna —como fundada en el verdadero conocimiento de nuestra religión”, que es verdaderamente ilustrada, y que es caritativa en su trato con los demás. Para Caicedo Rojas, ni el ser ilustrado ni el ser amante del arte deben estar apartados de una creencia firme en la religión católica y una conducta acorde a esa creencia. En este sentido, al recordar la muerte de Silveria Espinosa de Rendón, es probable que el autor quiera proponer un modelo ético, ideal de una mujer

colombiana, en el que, a través de la personalidad de esta escritora, se fusionan la piedad y la intelectualidad.

Otro ejemplo del uso del recuerdo está en el artículo XVI, en donde Caicedo Rojas se propone, en sus propias palabras, contar “la historia de la educación de la mujer en nuestro país” (R y A, 139). El punto histórico más notable de este artículo es la fundación del colegio de “la Enseñanza” en 1765 por iniciativa de Clemencia Caicedo y Vélez, una escuela externa de niñas pobres, en donde se les daría enseñanza gratuita. Caicedo Rojas refiere cuántas niñas fueron educadas en dicha institución, cómo la educación de las mujeres en el país cambió desde su fundación y cómo el cierre de conventos y monasterios, en particular a partir de la Constitución de 1853, terminó causando el cierre de la escuela varias décadas después.

En este artículo es evidente la diferencia entre el conocimiento histórico provisto por las historias tradicionales y el conocimiento que aporta el recuerdo colectivo de la sociedad, el cual ha llegado hasta Caicedo Rojas por medio de la tradición oral. En las historias es muy reconocida la fundación del “Monasterio de la Enseñanza” y su importancia para la educación de la gente en la segunda mitad del siglo XVIII. Por ejemplo, en su *Historia de la Literatura en Nueva Granada*<sup>6</sup>, Vergara introduce este fenómeno en un proceso sociocultural más complejo que, al desarrollar la educación, conduce a la revolución de 1810:

En aquel notable movimiento social que tuvo efecto a mediados del último siglo [XVIII], no podía quedar olvidada la que es reina en el hogar español, la mujer; y a costa de una de ellas se preparó un plantel de educación para las señoritas de la aristocracia y para las hijas del pueblo, reuniéndolas así, hermanándolas en las lecciones y fundando en fin, esa llaneza cristiana que ha hecho del señorío de Bogotá una especialidad en su sexo. En aquel venerable colegio, cuyo inmérito fin hace sangrar a todos los corazones liberales, había otra importante ventaja social: como era el único colegio de niñas en la Nueva Granada, venían algunas alumnas de las provincias más distantes; y en las fraternales relaciones que formaban con sus compañeras de infancia, dejaban al volver a sus hogares, centros de afectos que hermanaban todas las familias del virreinato. Este venerable colegio era el de La Enseñanza, y su fundadora, doña Clemencia Caycedo. (Vergara, 1974a: 214)

Es claro que Vergara aborda este asunto desde una perspectiva tradicional de la historia, pues incluye la fundación de La Enseñanza dentro de un movimiento más grande de educación que venía desarrollándose a lo largo de todo el siglo, con el cual quiere demostrar que las

---

<sup>6</sup> Esta obra fue publicada originalmente en 1867. Para este trabajo, revisé la edición de 1974, publicada por la Biblioteca Banco Popular.

instituciones e “ingenios distinguidos” (211) del siglo XIX no aparecieron de la nada. Contrario a dicha perspectiva, Caicedo Rojas aborda el mismo suceso a partir del recuerdo, pero su intención va más allá del dato de la fundación para centrarse en la transformación que provoca en la educación de las mujeres. Así, el autor se permite recordarle a su interlocutora el tipo de formación que estas recibían antes de que el colegio existiera y empezara, de manera oficial, la alfabetización de las mujeres:

Eso, con la repetición de la doctrina cristiana, algo de costura en blanco, que no pasaba de surgete, lomillo y cadeneta, y bordado en lienzo del Socorro, con lanas de colores, lo que llamaban botijones y patas de gallo, o sea dechado, formaba el programa diario, de siete a diez, después de misa y chocolate, único almuerzo, y de dos a cuatro (entonces no había p.m. ni a.m.). De escribir y contar, como he dicho, no había para qué hablar; la misma maestra no lo sabía, ni entonces había profesores. Así que, las tareas terminaban a las cuatro con el rosario, y cada mochuelo a su olivo, hasta el día siguiente, en que se repetía la misma escena, menos el jueves, en que había asueto, y el sábado en que, después de poner cada niña en manos de la maestra una peseta del Rey, o macuquina, había una exhortación sobre la necesidad de la obediencia y formalidad en las niñas bien criadas, para no dar lugar a que saliera entre la canasta de la costura, o de la pretina de la maestra, aquella quisicosa de cuero no muy dócil que se mostraba a los angelitos para intimidarlos, si no para castigarlos. (*R y A*, 141)

Como se puede ver, esta información no viene de una fuente escrita, sino de la memoria colectiva y provista por la tradición oral. El mismo Caicedo Rojas hace una diferenciación entre este recuerdo y la narración histórica de la fundación de La Enseñanza: “Nada de esto vimos, ni usted ni yo, pero lo suponemos con probabilidades de cierto; y harto yo en darlo de mi caudal, antes de entrar en la parte verdaderamente histórica de este párrafo “(*R y A*, 141-142).

¿Qué conocimiento aporta el recuerdo o la memoria colectiva? En este caso, le permite al lector ver cómo era la vida de la mujer en el Virreinato de la Nueva Granada antes de que existiese la posibilidad de que las mujeres recibieran una educación formal y acorde con su condición de sujeto. Caicedo Rojas muestra que la educación de la mujer estuvo “muy descuidada” y que ellas solo recibían “ligera enseñanza de lectura, muy poco de escritura, con peor ortografía, algunas labores femeniles y doctrina cristiana”, hecho que supeditaba la vida de estas al “radio del hogar” (*R y A*, 139-140). Si bien Caicedo Rojas a lo largo de su obra considera que hay virtud en las mujeres que, motivadas por sus valores cristianos, cuidaban de sus hogares y familias, también exalta a las mujeres que lograron un desarrollo importante en su profesión y que aportaron al

crecimiento cultural del país, en particular aquellas que tuvieron una obra notable en las artes y las humanidades. Así, el autor deja ver la importancia de la educación para la mujer en el país. Por esta razón, Caicedo Rojas exalta la obra de mujeres como doña Clemencia (*R y A*, 142) y Silveria Espinosa de Rendón (*R y A*, 29-33).

El propósito del recuerdo de Caicedo Rojas en este artículo no es sólo explicar cómo comenzó la educación de la mujer en el país, sino mostrar el gran aporte que hicieron las instituciones religiosas en la educación, civilización y construcción del país. Al fin y al cabo, La Enseñanza fue dirigida por religiosas y nació gracias a la aprobación del virreinato español y al trabajo que hizo en colaboración a su segundo esposo, el oidor Arostegui, cuyo “desprendimiento evangélico sólo podía compararse al de su noble y discreta compañera” (*R y A*, 142). Sin duda, el propósito de este recuerdo es, en plena Regeneración, recordarles a los lectores el daño que hicieron algunas de las reformas liberales.

Por último, vale la pena resaltar que, ligado estrechamente a la memoria, está el ejercicio de la repetición, evidente a lo largo de la obra (89, 92, 147, 183). El autor vuelve constantemente sobre la idea de que las verdades importantes sólo pueden aprenderse repitiéndolas una y otra vez, pues así funciona la memoria. Por ejemplo, en el artículo XVII, como ya lo explicamos anteriormente, Caicedo Rojas habla sobre la rebelión de los comuneros, y para referirle esta historia a su interlocutora, le dice que ella ya la conoce pero que la va a repetir, pues solo así se aprenden los asuntos importantes:

No le hago a usted la injuria de creer que no conoce ese episodio que nadie ignora; pero ya usted sabe, mi buena amiga, cuál es mi tema: repetir. y siempre repetir. Las personas que se sientan a la mesa de un banquete no se contentan con una sola copa de vino, por muy parcas que sean. ¿Cuántas veces, en esta semana, ha repetido usted en su piano sus nocturnos favoritos de Chopin, de Leybach o de Ravina? (*R y A*, 146)

### **1.3 “Un centón”: una revisión de las historias colombianas del siglo XIX en *Recuerdos y Apuntamientos***

Un segundo aspecto de su manera no convencional de contar la historia es que su fuente principal de referencia no la constituyen los documentos que habitualmente se encuentran en los archivos históricos. En su lugar aparecen historias elaboradas por algunos de sus colegas que él revisa y comenta agregando una que otra curiosidad, una corrección o ampliación de un aspecto cualquiera, de lo que deriva un conocimiento distinto del que normalmente nos dejan las historias

tradicionales. Esto es lo que se entiende como “*apuntamientos*” en su obra. Tal vez por esta razón, en la dedicatoria de la obra, Caicedo Rojas describe su trabajo como un “centón”<sup>7</sup> (*R y A*, 16), es decir, un compilado de fragmentos, expresiones e ideas rescatadas de otros trabajos realizados previamente por varios autores, cronistas e historiadores en particular. En otras palabras, él no utiliza fuentes documentales históricas para construir una historia ajustada a la verdad objetiva, sino que revisa la obra de sus colegas y construye sobre ellas un nuevo conocimiento que, desde su punto de vista, faltaba en esas obras y que nos permite ponernos en contacto con aspectos más cercanos a las prácticas, maneras y costumbres de los colombianos.

Es evidente que Caicedo Rojas reconoce que otros escritores ya han hecho un trabajo bastante completo en lo que se refiere a organizar la historia de la nación. En el primer artículo de su obra hace una división clara de los 4 siglos de la existencia de la nación y les pone nombre propio de acuerdo con sus características particulares. Sin embargo, él no se dedica a explicar cada siglo de forma detallada y cronológica, ni los compara, ya que otros compatriotas han desarrollado esa labor:

Curioso sería comparar [los cuatro siglos] entre sí, y poner de relieve todas esas diferencias en sus varios aspectos político, social, religioso, industrial, literario y científico; pero el desarrollo de ese plan exigiría escribir uno o más volúmenes, siquiera sólo se tratase de un estudio somero y sintético. Por fortuna esa es la tarea que virtualmente han desempeñado en sus historias aquellos de nuestros compatriotas que se han dado a investigaciones de este género, y basta leer sus obras para hacer tales comparaciones. (*R y A*, 21-22)

En general, Caicedo Rojas asume una posición crítica frente a ciertos cronistas, viajeros, historiadores y científicos de diversa índole, como botánicos y geógrafos. Al dejar de lado la intención de contar la historia como lo haría un tratado científicista, Caicedo Rojas se dedica a

---

<sup>7</sup> En la época medieval, el “centón” era una técnica literaria y pedagógica utilizada para enseñar a los estudiantes a escribir y a memorizar textos. Un centón era una composición literaria hecha por la combinación de fragmentos de otros textos, ya sea de poesía o prosa, para crear un nuevo texto. En la práctica, el profesor presentaría a los estudiantes una serie de fragmentos de textos que habrían sido seleccionados por su valor literario o didáctico, y ellos tendrían que combinar estos fragmentos para crear un nuevo texto coherente. La idea detrás de esta técnica era que los estudiantes aprendieran a reconocer y a utilizar los recursos literarios y estilísticos de los autores antiguos, mientras desarrollaban sus habilidades de escritura y de memoria. Caicedo Rojas logra utilizar el centón como una de sus estrategias literarias principales: el autor toma fragmentos de lo que otros historiadores del siglo XIX de ideología conservadora y religiosa han dicho sobre diferentes momentos de la historia de Colombia. Al hacerlo, no solo demuestra conocer bien esas historias escritas por colegas, sino que enseña a sus lectores a pensar de la misma manera que ellos, insistiendo así en el propósito pedagógico de los escritos costumbristas.

revisar lo que otros escritores ya han postulado y a proponer ideas basándose en un análisis crítico de la obra de dichos escritores.

Aunque a lo largo de la obra el autor cita diferentes obras con propósitos diversos, se puede observar un patrón general en el desarrollo de su disertación: Caicedo Rojas revisa, en particular, las historias de autores con una ideología conservadora y religiosa. Como veremos más adelante, Caicedo Rojas hace una defensa de los principios y valores del cristianismo católico en Colombia, considerándolos como el elemento unificador en la construcción de la identidad nacional. Este patrón es evidente en la revisión de, por ejemplo, la *Historia de la Literatura en Nueva Granada* de José María Vergara y Vergara (R y A, 63), la *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada* de José Joaquín Borda (R y A, 62) y la *Historia Eclesiástica y Civil* de Juan Manuel Groot (R y A, 45), entre otras obras que, en el fragor de los debates bipartidistas de nuestro siglo XIX, defendieron la importancia de la Iglesia católica y la administración del poder del Estado, y la de los principios religiosos en la organización social en general. Estos tres autores, Vergara, Borda y Groot, fallecidos en la década de 1870, realizaron a lo largo de su carrera pública una fuerte oposición a las reformas liberales emprendidas a partir de 1849<sup>8</sup>, en particular, frente a las relacionadas con la Iglesia y el lugar que esta debía ocupar en la administración pública del poder. Vale la pena analizar cómo Caicedo Rojas hace uso de la información que dejan estos historiadores en el contexto de la Regeneración.

Aunque desarrollaré de manera más amplia este problema en otro capítulo, quizá el ejemplo más claro del uso de estas obras está en el artículo VI, en el cual el autor busca demostrar que el país había vivido un largo proceso de civilización gracias a la influencia de las órdenes religiosas, particularmente los jesuitas, quienes trajeron la imprenta a Colombia. Consciente de que la imprenta no llegó sola ni la trajo la Corona, Caicedo Rojas insiste en que esta llegó de la mano de la Compañía de Jesús, buscando recordarles a sus lectores la importancia de que la Iglesia Católica y sus valores estén presentes en el país para que el proceso de civilización continúe de su mano.

Antes de exponer cómo Caicedo Rojas elabora una defensa de los jesuitas en el artículo VI, vale la pena recordar lo que Padilla dice sobre cómo la religión y sus aportes culturales fueron utilizados como bandera política por el sector tradicionalista y conservador. Al explicar la situación histórica en la que aparece el conjunto de ensayos redactados por Vergara alrededor de la *Cuestión*

---

<sup>8</sup> Al respecto de estos autores y otros de pensamiento católico, ver (Ochoa, 2014: 5).

*española* (1859), Padilla observa que “En estas circunstancias, la hispanidad no solo se politizó para delimitar ideológicamente los partidos, sino también sirvió para pensar el proyecto de nación que finalmente se impondría a partir de la Regeneración” (Padilla, 2017b: 66). Padilla advierte que en la defensa elaborada por Vergara se plantean ya algunos presupuestos que serán tomados por los regeneracionistas con respecto a la cultura hispánica en nuestro territorio:

Caro tuvo el mérito de incluir [valores y principios de una cultura hispano católica] en una Constitución para poner fin a un largo periodo de conflictos. En términos generales, a partir de Vergara el elemento hispánico, la lengua castellana en particular, sumado al pensamiento católico, aparece como un agente civilizador, como el instrumento integrador de la heterogeneidad cultural colombiana. (Padilla, 2017b: 76)

Para plantear el problema de la introducción de la imprenta, según él, símbolo de la modernidad y del progreso, Caicedo Rojas comienza el artículo interrogando a su interlocutora de la siguiente manera:

¿No le parece a usted que la introducción de ésta en cualquier país ha sido siempre un acontecimiento trascendental de mayor importancia aún que lo ha sido en los tiempos modernos la inauguración de un primer ferrocarril, telégrafo o buque de vapor? (*R y A*, 57)

Así, para el autor, la llegada de la imprenta a un país es un evento trascendental a partir del cual su proceso de civilización es potenciado. Caicedo Rojas se propuso demostrar en este artículo que la imprenta ha estado por más tiempo en la Nueva Granada de lo que regularmente se reconocía hasta ese momento, por lo que decide revisar la *Historia de la Literatura en Nueva Granada* de Vergara y Vergara, en donde su autor cuenta sobre las primeras obras de la imprenta en los diferentes países de Latinoamérica y sobre la influencia de los jesuitas en el nuestro:

Hablamos de la introducción de la imprenta. Desde la página 140 de esta obra hicimos notar que ya estaba introducida en el Perú y en México desde muchos años atrás, y nosotros carecíamos aún de ese gigante de cien brazos y cien bocas, el más poderoso auxiliar del pensamiento, complemento humano de una obra divina: la palabra. La introducción de la imprenta se debe a los Jesuitas. (...) Y últimamente descubrimos una hoja que tiene al pie la siguiente dirección: en Santafé de Bogotá: en la imprenta de la compañía de Jesús. Año 1740. (...) Así, pues, podemos fijar la época de la introducción de la imprenta en la Nueva Granada en 1738, por lo menos. (*R y A*, 63-64)

Pero, a pesar de que Vergara describa a los jesuitas como pioneros en el uso de la imprenta y deje ver que la religión logró impulsar el proceso civilizatorio de la nación, Caicedo Rojas decide citar la *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada* de José Joaquin Borda para

demostrar que Vergara se equivocó en cuanto a la fecha y que, en realidad, la imprenta llegó antes al país de lo que Vergara afirmó. Borda dice lo siguiente:

El señor José María Vergara, distinguido literato y hombre versado en nuestra historia, ha cometido bastantes inexactitudes en su *Historia de la literatura neogranadina* al tratar de las cuestiones relativas a los jesuitas, pues no había podido consultar los documentos originales y contaba tan solo con la tradición. Sin embargo, ha hallado la obra más antigua de imprenta en Santafé, y fija en 1738 la introducción de ella al territorio de los antiguos muisca. (*R y A*, 63)

Al citar a Borda, Caicedo Rojas hace evidente que es necesario revisar los documentos originales de los jesuitas para lograr mayor exactitud en la información sobre la imprenta, pues Vergara no tuvo acceso a ellos. Caicedo Rojas dice que pudo revisar el libro original al cual se refiere Vergara, es decir, *Día de la gran Reina Madre de Dios* de Juan Bautista de Toro, y dice al respecto: “Pero si aún pudiera quedar alguna duda, nos sacaría de ella el mismo libro original, que existe en la Biblioteca, impreso en esta ciudad en la fecha que dice la reimpresión de Madrid, a saber: 1711” (*R y A*, 66). Así, Caicedo Rojas concluye:

Es claro, pues, que mucho antes de 1738, época que fija Vergara como más antigua, existía la imprenta en esta capital, y que, por consiguiente, puede juzgarse que a fines del siglo XVII, o muy a los principios del siglo XVIII, ya este país había dado paso tan adelantado en el camino de la civilización, a esfuerzos de la sabia compañía de Jesús, con aprobación o pérdida del gobierno de la metrópoli (*R y A*, 66).

Con esta narración sobre la fecha en que se introdujo la imprenta al país, es evidente que Caicedo Rojas hace uso de fuentes como Vergara y Borda para, entre otros propósitos, exaltar los valores conservadores y religiosos en el país y la influencia de las instituciones religiosas en el proceso de civilización.

#### **1.4 El humor como elemento evaluador de los fenómenos histórico-sociales**

El tercer aspecto de la historia no convencional de Caicedo Rojas es el uso del humor. Como ya lo mencionamos, las historias del siglo XIX buscaban contar los eventos de manera precisa a través del análisis de los documentos históricos, para luego organizarlos bajo la forma de una narración tradicional. En esta forma de pensamiento histórico no parece haber lugar para los discursos humorísticos, cuyo evidente propósito no es el de explicar los sucesos como lo haría un tratado científicista. Si la intención de Caicedo Rojas es presentar una perspectiva histórica del país en su obra, ¿por qué decide utilizar el humor para explicar fenómenos socio-culturales? El

análisis de algunos artículos de *Recuerdos y apuntamientos* revela que el humor le permite abordar aspectos de la sociedad colombiana que no son evidentes en las narraciones tradicionales.

Antes de seguir adelante, vale la pena notar que, por su misma naturaleza, los discursos humorísticos son evidencia de una concepción particular del mundo y de una forma diferente de evaluar los fenómenos sociales. De acuerdo con Mijaíl Bajtín en *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, la risa:

[...] posee un profundo valor de concepción del mundo, es una de las formas fundamentales a través de las cuales se expresa el mundo, la historia y el hombre; es un punto de vista particular y universal sobre el mundo, que percibe a éste en forma diferente, pero no menos importante (tal vez más) que el punto de vista serio: sólo la risa, en efecto, puede captar ciertos aspectos excepcionales del mundo. (Bajtín, 2003: 55)

El humor es, en realidad, un elemento axiológico que hace parte de la cosmovisión o visión de mundo de ciertos espíritus críticos que deciden evaluar su realidad a través de la risa. De acuerdo con el crítico ruso, al abandonar la aproximación seria, lo que no quiere decir que lo que se dice carezca de seriedad, al tomar cierta distancia crítica sobre el fenómeno evaluado, el humor permite descubrir aspectos que sólo a través de él pueden ser observados.

De acuerdo con Bajtín también podemos afirmar que el uso del humor es, por naturaleza, distinto al método tradicional de los tratados científicistas de historia. Según él, el humor sirve para hacer una parodia del mundo real y oficial, creando un “mundo al revés” (10). Así, al referirse a las formas rituales y de espectáculo de la Edad Media, Bajtín afirma que éstas:

[...] presentaban una diferencia notable, una diferencia de principio, podríamos decir, con las formas del culto y las ceremonias oficiales serias de la Iglesia o del Estado feudal. Ofrecían una visión del mundo, del hombre y de las relaciones humanas totalmente diferente, deliberadamente no-oficial, exterior a la Iglesia y al Estado; parecían haber construido, al lado del mundo oficial, *un segundo mundo y una segunda vida*. (Bajtín, 2003: 5)

Si por naturaleza el humor crea un mundo paralelo al de la vida real, ¿qué tipo de conocimiento es capaz de aportar a una narración histórica como *Recuerdos y apuntamientos*? Aunque la sátira no predomina en el texto de Caicedo Rojas, lo que no quiere decir que esté ausente, el tono con el que se relatan algunas anécdotas y recuerdos revela que el autor consideró el humor como una herramienta relevante para explicar algunos fenómenos históricos colombianos. Tal como se lee en el prólogo a *Apuntes de ranchería y otros escritos*, Caicedo Rojas

se refiere a la importancia del humor en la literatura, particularmente para el caso de los artículos de costumbres:

Muchos creen que los artículos de costumbres tienen por único objeto divertir, o hacer reír al lector; pero esta es una triste equivocación: es ver las cosas por un solo lado y muy superficialmente. Este género, dentro de los límites que le están señalados, tiene como he dicho, un fin más elevado y digno, es *castigat ridendo mores* que se aplica a la comedia. (Caicedo Rojas, 1945: IX)

Esta famosa frase en latín aplicada al género de la comedia, *Castigat ridendo mores*, significa “Corregir las costumbres riendo.” Sin embargo, la manera como Caicedo Rojas utiliza este principio en *Recuerdos y apuntamientos* revela que el humor, no solamente se vehicula en la sátira, en la parodia y el sarcasmo, entre otros géneros críticos, sino que también se utiliza en cualquier escrito, como los del género de costumbres, que tenga por objetivo hacer un acercamiento crítico a algún fenómeno socio-histórico. La pregunta detrás del uso del humor es: ¿cuáles son esas situaciones en la historia colombiana que merecen ser corregidas o criticadas a través del análisis de su lado risible?

Un ejemplo notable de este uso del humor es el artículo XIV, en el cual Caicedo Rojas aborda el complejo caso de la expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios de la Corona española en 1767. Es preciso recordar que en el siglo XIX colombiano este episodio de nuestra historia es valorado por los intelectuales del sector tradicionalista como algo nefasto en la medida en que, según ellos, esto afectó no solo la educación, sino también el proceso civilizatorio que la Compañía había iniciado con sus labores en todo Occidente.

Por eso, antes de analizar este artículo, vale la pena revisar lo que Padilla, en *El Debate de la hispanidad*, identifica como la “cuestión jesuita” (Padilla 2008: 146-166), es decir, el debate en torno a la presencia e influencia de la Compañía de Jesús en el país durante las discusiones bipartidistas del siglo XIX. La defensa de la Compañía se realiza en la República de la Nueva Granada frente a las medidas adoptadas por los liberales a partir de 1849, momento en que se decide expulsarlos otra vez después de que el gobierno de Mariano Ospina Rodríguez los trajera de vuelta al país en 1843, hecho que justifica su inserción en una obra publicada en el contexto de la Regeneración como lo fue *Recuerdos y apuntamientos*.

De manera resumida, según Padilla, hay al menos tres razones por las cuales los oponentes de la Compañía querían su expulsión: la separación entre el Estado y la Iglesia (incluyendo a los jesuitas) potenciaría el progreso de la nación, la Compañía tenía demasiada influencia sobre la

sociedad por medio de la educación, y los jesuitas obedecían ciegamente a un solo jefe, el Papa, por lo cual, según una parte del sector liberal, sus intereses no tendían al interés popular. En una actitud abiertamente anticlerical, los proponentes del partido liberal siempre se opusieron a la idea de que instituciones religiosas tuvieran influencia política en la organización de la sociedad, y eso incluía a la Compañía de Jesús.

Pero no todos los oponentes de la compañía de Jesús eran liberales. Como lo explica Padilla, el conservador Julio Arboleda escribió un documento compuesto de dos cartas fechadas el 30 de abril y el 5 de mayo de 1848, en el cual se exponen los principales argumentos que los intelectuales de la época presentaron en contra de la Compañía (148). En este documento se exponen los otros dos asuntos que hemos nombrado.

En cuanto a la educación, Padilla observa que Arboleda postula que en una nación que apenas estaba consolidando una conciencia de las libertades y derechos civiles, y que trataba de entrar en dinámicas sociales más modernas, era peligroso que la Compañía de Jesús, que tendía a “monopolizar” la educación, estuviera a cargo de formar a la juventud. La Compañía, señala Arboleda, fiel al Vaticano y no al pueblo neogranadino, estaba en una constante búsqueda por gobernar y dirigir las conciencias de todos los ciudadanos, lo cual afectaba directamente a la democracia del país (152-153).

Así, podemos dividir los oponentes de la Compañía en dos grupos: los liberales que propendían por un anticlericalismo en general y los conservadores que no eran anticlericales, pero que reconocían en la Compañía un potencial peligro para el desarrollo democrático de la nación. En todo caso, la cuestión jesuita nunca fue un asunto propiamente religioso, sino político. A pesar de que algunos intelectuales consideraron peligrosa la intervención de la Compañía de Jesús en la educación de los neogranadinos, ninguno de ellos negó abiertamente las bondades de la labor educativa realizada por los integrantes de la Compañía.

Pero frente a todos sus oponentes, un grupo de intelectuales conservadores manifestó un pensamiento similar al de Vergara en *La historia de la literatura en Nueva Granada*. Por lo general, dichos intelectuales estuvieron a favor de que la Compañía no fuera expulsada del país. Estos aliados de los jesuitas, según Padilla, consideraban que su labor educativa debía continuar para que la sociedad cultivara un espíritu cristiano combinado con una militancia activa (155). Entre estos aliados claramente aparece José Caicedo Rojas, quien resalta a lo largo de todo

*Recuerdos y apuntamientos* cuán importante había sido la influencia de la Compañía para el proceso civilizatorio y modernizador del país.

A pesar de que este episodio de la expulsión de la Compañía de Jesús ocupa un lugar relevante en todo *Recuerdos y apuntamientos*, aquí nos enfocaremos en revisar el análisis que Caicedo Rojas hace de él a través del humor en el artículo XIV. Su propósito, desde mi punto de vista, es demostrar que los radicales, que se oponían a las instituciones religiosas, sólo habían logrado obstaculizar sus labores educativas y religiosas por medio de métodos deshonestos y que, a lo largo del siglo XIX, el país no había podido “gozar” de su influencia a causa de sus constantes expulsiones (*R y A*, 135). Refiriéndose a su última expulsión, dice: “[...] el dictador [Tomás de Cipriano Mosquera] expidió su decreto de expulsión, en julio de 1861, documento lleno de calumnias y necedades, y se apoderó de todos sus bienes”<sup>9</sup>. (*R y A*, 136)

Pero, como ya lo mencionamos, Caicedo Rojas no cuenta la historia de la Compañía de Jesús enfocándose en la cronología o el análisis de los documentos, sino que lo hace a través del humor. Caicedo Rojas afirma que los jesuitas siempre fueron expulsados de los diferentes territorios de manera deshonesto o por razones irrelevantes, pero pone especial énfasis en la expulsión de España en 1767. Aunque las historias tradicionales cuentan que los jesuitas fueron expulsados tras haber sido acusados de propiciar el Motín de Esquilache en 1766<sup>10</sup>, Caicedo Rojas da una razón mucho más trivial en apariencia, presentada como “pormenores y menudencias de poca significación” (*R y A*, 130), que muestra, a través del humor, que los oponentes de la Compañía usaron estrategias deshonestas para sacarlos de España.

Según él, varios consejeros del rey Carlos III, todos “agentes del jansenismo y el Filosofismo” (enemigos de los jesuitas), le contaron sobre la existencia de una carta en la que el

---

<sup>9</sup> Cuando afirma que Cipriano Mosquera se “apoderó de todos sus bienes”, se refiere a la ley de desamortización, que consistía en tomar los bienes llamados de “manos muertas”, es decir, los bienes que no estaban en el mercado, y enajenarlos, convirtiéndolos en bienes de personas individuales y privadas. “Amortizar” significaba convertir en un bien en “manos muertas”, dejándolo fuera del comercio, así que la desamortización implicaba poner a circular un bien que antes no estaba en el mercado. La mayoría de los bienes de “manos muertas” le pertenecieron siempre al clero, y particularmente después del decreto de 1861, los bienes de los cuales estaban a cargo los jesuitas fueron vendidos. Para revisar este tema en detalle, ver González, F. (1987). *Iglesia y Estado desde la convención de Rionegro hasta el olimpo radical 1863-1878*. Pp. 97-110.

<sup>10</sup> De acuerdo con José Luis Comellas, el así llamado “motín de Esquilache” o la “conjuración de Esquilache” de 1766 se refiere al descontento del pueblo español y el subsiguiente motín provocado por las reformas de Esquilache, un ministro traído de Nápoles por Carlos III. En su momento se acusó a los jesuitas de participar en la organización del motín, pues estaban en contra de las reformas propuestas por Esquilache. Sin embargo, su expulsión se dio por otras razones mucho más complejas, entre ellas la oposición del gobierno de Carlos III a las clases privilegiadas y la lucha social que ya existía entre los alumnos de los colegios aristócratas de la Compañía de Jesús y los universitarios de clases menos privilegiadas (Comellas, 2015: 141-143).

general de la Orden de Loyola le decía a su corresponsal que poseía documentos que demostraban que él era bastardo. Al enterarse de esto, el rey quiso vengar aquella injuria y le pidió al Papa que suprimiera la orden, y ante tal acusación, el Papa le pidió a Pío VI, quien le sucedería varios años después en el papado, que examinara la carta. Lo que encontró el cardenal resulta bastante gracioso:

Algo suspicaz y desconfiado debía de ser el futuro Papa, pues, sospechando alguna trampa, miró atentamente el papel en que estaba escrita la carta, y conoció que era español, aunque se suponía ser escrita en Roma. Mirólo contra la luz, y, no sólo vio claramente la marca de la fábrica española, sino el año de la fabricación del papel, que era posterior a la fecha de la carta misma. El Papa devolvió su carta al Rey, diciéndole que era cosa singular que habiendo en Italia fábricas de papel, de general consumo, se enviase por papel a España; pero que todavía era más singular que la carta se hubiese escrito antes de estar fabricado el papel. Mala la hubieron en este negocio el Rey y sus instigadores, y, probablemente, se dieron del chasco, o, por lo menos, se encogieron de hombros; pero como era asunto convenido, la intriga se llevó adelante, y al fin se consumó el sacrificio. (*R y A*, 129)

Con este tipo de anécdotas y tono de la narración, el autor expone la injusticia cometida contra los jesuitas. Desde la óptica de Caicedo Rojas, un chisme puede tener efectos transformadores en la historia de un país; en su versión de los hechos, un asunto tan serio como la expulsión de la Compañía de Jesús no se dio por tensiones políticas entre el gobierno de Carlos III y las clases altas, como lo cuentan otros historiadores, sino por un chisme y su efecto en el rey. Esta manera de narrar la historia contrasta con la seriedad que le da Vergara al mismo suceso:

Chateaubriand se queja, en el *Genio del Cristianismo*, de la supresión de los jesuitas: su pérdida, dice, fue irreparable para la Europa sabia; la educación no ha podido reponerse aún después de la época de su caída. En Bogotá no fue solamente la educación la que quedó huérfana, sino la agricultura y la minería, puede decirse. (Vergara, 1974a: 191)

Luego, Caicedo Rojas cuenta también sobre el elemento cómico de la expulsión de los jesuitas en la Nueva Granada en 1773: “en cuanto al carácter puramente local de él, también es digno de notarse el episodio chistoso que se mezcló con el acto de la expulsión en Santafé” (*R y A*, 129). Cuando se envió la orden desde España para expulsar a los jesuitas, hubo bastante precaución durante la ejecución para evitar que la información no fuese revelada al pueblo ni a los jesuitas antes del momento de la expulsión, pero Caicedo Rojas narra que:

“[...] no obstante tantas recomendaciones de la carta, y tan nimias precauciones como se tomaron, los Jesuitas sabían lo que se les esperaba: estaban impuestos de lo que los demás ignoraban, el cómo no se sabe. Así que todo lo habían preparado, y es probable que pusiesen con tiempo en salvo algunas cosas, de suerte que cuando llegó el momento de la solemne notificación, lejos de sorprenderse, los comisionados para este acto hallaron a la comunidad con el pie en el estribo, como suele decirse, listos y en formación, como los soldados que sólo aguardan el toque de marcha. (*R y A*, 130)

El solo hecho de que los jesuitas estuviesen preparados antes de la expulsión resulta gracioso, pero el humor es más evidente cuando Caicedo Rojas describe lo que sucedió en una misa del 31 de julio de 1767 en la iglesia de Santafé:

Era costumbre que el panegírico del Santo lo pronunciase un predicador de fuera de la Compañía; pero en aquel año subió al púlpito un jesuita, y desempeñó su encargo con la elocuencia y gracia que es propia de los hijos de Loyola. El auditorio estaba encantado y pendiente de los labios del orador, cuando éste, para terminar, dirigiéndose a los circunstantes, les dijo en tiernas y sentidas palabras, que la Compañía no olvidaría jamás las muestras de afecto, deferencia y respeto que siempre había recibido del buen pueblo de Santafé, que, tanto él como sus hermanos, sólo deseaban la felicidad temporal y eterna de los habitantes de esta piadosa ciudad, y que conservasen fielmente los principios que les habían inculcado, y enseñanzas que de ellos habían recibido. Estas frases tan extrañas, el acento de su voz y la emoción de que parecía estar poseído, produjeron en todos los oyentes una sensación indefinible de sorpresa, y fueron interpretados como una despedida misteriosa e inmotivada que nadie se podía explicar (*R y A*, 132).

Caicedo Rojas hace evidente que antes de que la orden para expulsar a la Compañía de Jesús de la Nueva Granada fuese informada oficialmente al país, los jesuitas ya se estaban preparando. Resulta muy cómico imaginar a las personas del pueblo escuchar la despedida oscura de los jesuitas sin ninguna razón aparente. Además, Caicedo Rojas añade otras dos anécdotas de las conversaciones que los jesuitas tuvieron con las personas del pueblo por los mismos días, las cuáles añaden al factor misterioso de su despedida y a la inminencia de su expulsión:

En esos mismos días debían comenzarse la construcción de la segunda torre de la iglesia, igual a la que hoy existe, y cuyo basamento se ve todavía sobre la puerta lateral de arriba, o sea de oriente, y también la otra torrecilla angular, del lado de San Bartolomé, que debía hacer juego con la de enfrente, que se ve en la esquina del salón de grados —que en otro tiempo fue capilla castrense. El maestro arquitecto, a quien se había hablado para la obra, se presentó por la tarde al Padre Superior, más curioso de sorprender alguna palabra o gesto y barruntar lo que pasaba, que solícito por

comenzar el trabajo, y le habló de este asunto; pero el Padre le contestó que no se diese tanta prisa por comenzar, que tiempo le quedaba a la Compañía para hacer la torre, y agregó: “Para que unos doblen y otros repiquen, basta y sobre una sola torre con las campanas que tiene.” El zapatero de la Compañía fue también a hablar con el Padre Procurador, y a llevarle dos zapatos de los tres que había mandado hacer —pues, según se dice, los Jesuitas acostumbraban en otro tiempo usar tres zapatos en una misma horma, para alternar— disculpándose de no llevar el tercero por no haber tenido tiempo para acabarlo. Disque el Padre le contestó con mucha cholla: “Maestro, no os afanáis por eso; vengan los dos zapatos, y reservadme el tercero para cuando me nazca otro pie.” Todas estas especies corrían en el público, y confundían más y más a los buenos y sencillos habitantes, que fácilmente se preocupaban, así de lo que era grave como de la más insignificante noticia (*R y A*, 133).

El relato concluye diciendo que en 1773 el “filosofismo” tuvo la victoria (*R y A*, 134). Caicedo Rojas describe el carácter de lo ocurrido como gracioso y místico, incluso divino, lo cual es muestra de que los deshonestos oponentes de la Compañía de Jesús entraban, de alguna manera, en un terreno sagrado al expulsarlos, y lo mismo ocurría en el tiempo en que se escribió *Recuerdos y apuntamientos*. En realidad, al retomar esta anécdota en pleno proceso regeneracionista, Caicedo Rojas busca limpiar el nombre de la Compañía y justificar su regreso.

Otro ejemplo del uso del humor es evidente en el artículo XXIV. Allí Caicedo Rojas se refiere a la época teatral de la Nueva Granada de las décadas de 1820 y 1830. Entre 1819 - 1831, el territorio de la Nueva Granada estuvo unido a Panamá, Venezuela y Ecuador, formando la Gran Colombia, y desde la constitución de 1832 el país se identificó con el nombre de República de la Nueva Granada. A este período el autor lo llama de “regeneración” (*R y A*, 186), pues fue por esos años en que, después de haber alcanzado la independencia, la nación apenas comenzaba a organizarse. Vale la pena notar el uso irónico de la palabra “regeneración”: para Caicedo Rojas, las reformas liberales de la segunda mitad del siglo degeneraron al país, y era necesario volver a regenerarlo.

Caicedo Rojas cuenta que, en 1826, en el teatro de la “Gallera vieja”, se realizó una tragedia en 5 actos titulada “La Pola”, obra de don José María Domínguez. En ella se ponía en escena el sacrificio de Policarpa Salavarrieta durante su actividad de espía y colaboradora con la campaña de los patriotas independentistas. Ya que su muerte fue en 1817, apenas 9 años antes de la obra, muchos en el teatro conocieron, no solo sus hazañas, sino también a la misma Policarpa en persona. Así, cuando llegó el momento de llevar a la Pola al patíbulo y ser ejecutada, el público comenzó a

sollozar, a gritar y a pedir que la pusieran en libertad, alegando que su muerte era injusta. El resultado fue el siguiente:

Al fin, transcurrido un rato entre gritos, silbidos y aplausos, cayó el telón, y, ¡cosa originalísima!, salió uno de los actores a satisfacer al público, diciendo: "Señores, no se puede fusilar a la Pola porque el público se opone." ¿A quién se dirigía este gracioso apóstrofe, al mismo público que se oponía? (*R y A*, 188)

Y luego al autor le dice a su interlocutora: "Ríase usted cuando quiera, mi amiga, pero el hecho es histórico, y en los anales del teatro no se hallará cosa más bella, más sublime, más soberanamente graciosa que este cómico desenlace" (*R y A*: 188-189).

Esta anécdota que cuenta Caicedo Rojas no representa un hito en la historia del teatro ni en el desarrollo del arte en la nación. Su valor reside en que es sumamente gracioso, "bello" y "sublime". El hecho sirve al autor de material histórico que, si bien no añade nada a la cronología de los eventos principales de la Nueva Granda, sí es muestra del amor por el arte, específicamente el teatro. Las expresiones artísticas, como se evidencia en este artículo, son el instrumento para narrar el orgullo nacional y volver sobre los momentos más importantes del desarrollo de la historia.

### **1.5 El uso de la literatura de costumbres: fusión y reforma**

El cuarto y último aspecto de la historia no convencional de Caicedo Rojas es la utilización de la técnica narrativa de la literatura costumbrista. Esta se fusiona con el relato histórico; buena parte de los hechos referidos se mezclan con leyendas de la tradición oral, descripciones y comentarios, material propio de los cuadros y artículos de costumbres. Si bien *Recuerdos y apuntamientos* no se enmarca tan enfáticamente dentro del género de costumbres, como sí lo hace *Apuntes de ranchería y otros escritos*, los diferentes artículos hacen mucho uso de la técnica de la descripción de las costumbres, los usos, maneras y tipos sociales. De esta forma, Caicedo Rojas entra en detalles de la historia y la sociedad que una historia científicista pasaría por alto. En *Manuela y el socialismo utópico*, Padilla explica que, en términos generales, los escritores de costumbres del siglo XIX entendieron su arte, no sólo como una literatura descriptiva y volcada sobre el color local, sino como expresiones discursivas llamadas a cumplir funciones sociales:

El carácter moderno de la mimesis costumbrista reside en el hecho de entender al ser humano como alguien modificado por los usos y costumbres locales, por las tradiciones, por la historia, por el espíritu de una época. Por esta razón, no resulta difícil descifrar en este tipo de manifestaciones literarias los compromisos que el escritor adquiere con la historia y realidad social de su país,

pueblo o región. Al igual que en Europa y luego en América hispánica, sin excepción, los escritores neogranadinos entendieron los géneros de costumbre como subsidiarios de la Historia. (Padilla, 2021: 43-44)

Llama la atención el término “subsidiarios de la Historia”, que hace referencia al hecho de que la literatura costumbrista sirve de complemento a la labor historiográfica tradicional, abordando los detalles que no hacen parte de los grandes eventos, fenómenos y personajes en los cuales se enfocan las historias tradicionales. José Caicedo Rojas, en su prólogo a *Apuntes de ranchería y otros escritos*, explica claramente la relación que existe entre la Historia y esos detalles, “minuciosidades”, que le son de particular interés:

Los artículos de costumbres como complemento indispensable de la Historia, son de grande importancia para dar a conocer en todos sus pormenores una sociedad, un pueblo en su modo íntimo de ser. La Historia se limita a narrar los grandes hechos, las peripecias, los triunfos, las vicisitudes, las guerras, las hazañas, las diferentes situaciones por las cuales ha pasado una nación en el largo período de su infancia y desarrollo, los caminos por donde ha llegado a la prosperidad o a la decadencia; pero no entra sino ocasionalmente en aquellas minuciosidades que la pintan por todas sus fases, con sus vicios, virtudes, estilos, trajes, maneras, etc., y denuncian, para corregirlas, las extravagancias y defectos sociales. (Caicedo Rojas, 1945: IX)

Este comentario de Caicedo Rojas, junto a otros de otros autores, es puesto por Padilla en una perspectiva que le permite deducir que la fusión entre Historia y Literatura de costumbres es más bien común entre los escritores costumbristas, quienes manifestaban un claro compromiso con la realidad social de la cual hacían parte. Padilla advierte que, sin excepción, todos entendieron el arte costumbrista como una especie de historia llamada a dar cuenta de la vida cotidiana (Padilla 2021: 44 y ss).

Pero los escritos de costumbres no solo servían para complementar la Historia al describir las minuciosidades de la sociedad. María Teresa Cristina, en su artículo *El costumbrismo*, explica que los escritos de costumbres también tienen la finalidad de “reformular la sociedad”, coincidiendo con Caicedo Rojas en que estos “denuncian” las “extravagancias y defectos sociales” de la sociedad para corregirlos. En este sentido, hay un notable didactismo detrás de los escritos de costumbres: sus autores ven sus obras literarias como oportunidades para enseñar al pueblo, no solo sobre sus costumbres y características del color local, sino sobre la moral y la organización social. Al respecto, Cristina afirma:

Cuadro y artículo coinciden en ser composiciones breves en las que la descripción de tipos, escenas, usos, incidentes, lugares o instituciones de la vida social contemporánea son lo principal; su acción o su trama argumental es escasa o nula; presentan la circunstancia menuda; son con frecuencia de ambiente popular. En sentido amplio, *tienen por finalidad la pintura filosófica o moral de la sociedad, en tono humorístico, irónico (a veces sarcástico) o didáctico*, y en forma descriptiva o narrativa, pero *siempre con el propósito de reformar dicha sociedad* y con miras al entretenimiento. (Cristina, 1992: 103. Énfasis mío)

Un ejemplo del uso del cuadro de costumbres como complemento de la historia y como medio para “reformular la sociedad” es el artículo VIII, en el cual Caicedo Rojas busca hacer una crítica a la marcada diferencia que había entre la situación económica de las clases sociales de su tiempo. Vale la pena recordar que, en la segunda mitad del siglo XIX el país pasaba por una difícil crisis económica. En su artículo *Pobreza y nación en Colombia, siglo XIX*, Juan Carlos Jurado señala varias causas estructurales para dicha crisis, como el peso de la minería en la economía regional, la concentración de las tierras, la precariedad médica y tecnológica y, sobre todo, las guerras civiles (2010: 49-53). Sobre las guerras civiles, Jurado afirma que:

Entre los factores coyunturales que contribuyeron al deterioro social y económico de las clases bajas se encuentran las periódicas guerras civiles del siglo XIX, que trajeron la pérdida de cosechas y animales (saqueados por los ejércitos para su manutención), el desalojo de casas y fincas para huir de las partidas de bandoleros que asolaban todo a su paso, y el pago de empréstitos forzosos para financiar al bando gobiernista o al triunfante en la contienda [...] Durante el siglo XIX se presentaron nueve guerras civiles en la Nueva Granada (1830, 1839-1842, 1851, 1854, 1859-1862, 1876, 1885, 1895 y 1899-1902) como parte de los procesos de formación de la nación, que significaron un drama de dolor y sangre para la masa del pueblo llano, pero también una oportunidad de ascenso social, ya fuera por acciones heroicas ligadas a la carrera militar o por medios menos santos como el robo y el saqueo (Jurado, 2010: 51-52).

Acerca de esta crisis en la segunda mitad del siglo XIX, Miguel Samper escribió uno de los ensayos más memorables, titulado *La miseria en Bogotá*, escrito en 1867. Samper describe de forma muy crítica la pobreza en la capital y la diferencia de clases:

Si se examina la condición de las diversas clases sociales de que se compone Bogotá, el cuadro que resultará de esta descripción no podrá menos que abatir el ánimo de todos los que sientan interés por su propia suerte, la de sus familias, la de sus amigos y compatriotas. De todas las capitales de Sur América, Bogotá es la que más atrás se ha quedado, sin que le sea dado sostener la comparación con Caracas, Lima, Santiago y Buenos Aires [...] Los mendigos llenan calles y plazas, exhibiendo

no tan sólo su desamparo, sino una insolencia que debe dar mucho en qué pensar, pues la limosna se exige y quien la rehuse, queda expuesto a insultos que nadie piensa en refrenar. La mendicidad en un país fértil, de benigno clima y en donde la industria apenas empieza a explotar los recursos con que le brinda la naturaleza; en un país cuyas instituciones abren la puerta a todas las voluntades, a todos los esfuerzos, para adquirir la riqueza; y en donde, delante de la ley escrita todos los derechos son iguales y no hay derechos de que alguno esté destituido por la ley escrita; la mendicidad, decimos, desarrollada en grandes proporciones y con caracteres que le son extraños, es en hecho alarmante en más de un aspecto. (Samper, 1969: 8)

Para hacer una crítica de esta situación económica del país en su presente, Caicedo Rojas decide utilizar un cuadro de costumbres en el que hace un comentario sobre las diferentes clases sociales en el siglo XVII, afirmando que incluso las clases más bajas tenían los medios suficientes para vivir con abundancia.

En el artículo VIII, Caicedo Rojas le cuenta a su interlocutora una serie de anécdotas sobre el conocido pintor colombiano Gregorio Vásquez (1638 – 1711), con la intención de exaltar su obra como un aspecto de orgullo nacional. Sin embargo, hacia el final del artículo, la obra de Vásquez se convierte en la excusa para hablar sobre una anécdota en la cual el pintor, evidentemente, no es el punto central. La anécdota cuenta que una mujer vino de España a final del siglo XVII en busca de fortuna, enviudó poco tiempo después de llegar al Nuevo Reino de Granada y utilizó los pocos recursos que le quedaron de su marido para sobrevivir. Una vez que los recursos se agotaron y después de haber vendido y empeñado los objetos de valor que poseía, sólo le quedaron unos cubiertos de plata. La mujer le llevó los cubiertos a Vásquez cuando este todavía era joven y no contaba con reconocimiento, buscando recibir algún dinero a cambio. Sin embargo, Vásquez tampoco tenía dinero, así que le hizo una pintura que la mujer recibió a cambio de los cubiertos. Por suerte, la mujer se encontró con un comerciante español que había descubierto el genio de Vásquez y ya le había comprado muchas obras al pintor en el pasado. El comerciante le dio a la mujer tres o cuatro veces el valor de los cubiertos.

Caicedo Rojas le dice a su interlocutora que le ha referido esta anécdota porque en el pasado él había escrito un cuadro de costumbres en verso, compuesto por 10 estrofas, acerca de la mujer, sus cubiertos y la época en que ocurrió su historia, titulado *Las cucharas de plata*. Este cuadro fue publicado en el tercer tomo del *Parnaso Colombiano*.

Para el análisis de este cuadro de costumbres, nos abstendremos de estudiar su forma composicional y nos enfocaremos en el contenido de los versos. Caicedo Rojas comienza

afirmando que las cucharas de plata son una excusa para remontarse a la época del siglo XVII en el país:

[...] Estas cucharas, Pepa, me recuerdan  
De aquella edad dichosa  
Que podemos llamar edad de plata. (*R y A: 95*)

Luego el autor dedica gran parte de los versos a describir eso que ha acabado de llamar “edad de plata”. Dos aspectos de la época son particularmente enfatizados en la descripción: la abundancia de comida y la posesión de muchos objetos de plata. Los siguientes extractos de dos estrofas diferentes muestran ambos aspectos respectivamente:

Cuando toda la larga parentela,  
Desde los bisabuelos  
Hasta los biznietillos pequeñuelos,  
Alegre y bulliciosa,  
Por algún cumpleaños,  
De la ancha mesa secular en torno,  
Despachaba la pisca y las gallinas,  
Las chuletas, rellenos y pichones,  
Las ricas empanadas.

---

¡Qué era ver, te digo, ese Dorado,  
Qué bien llamar pudiera  
Algún poeta en la acepción más lata  
El Dorado de plata,  
Por la gorda soperá coronado  
—El sol de aquel sistema—  
Teniendo por cortejo  
A uno y otro lado  
Piezas varias en formas y tamaño  
De trabajo exquisito. (*R y A, 95-96*)

Pero Caicedo Rojas afirma que ese tiempo en el que la familia neogranadina tenía tanta abundancia había pasado y, en su reemplazo, sin duda refiriéndose a su presente, había llegado otra época caracterizada por la pobreza, el conflicto y los vicios. En los siguientes versos el autor describe el final de esos tiempos de abundancia y la llegada de una época mucho más hostil:

Esos tiempos pasaron, Pepa mía,  
Tiempos de bienandanza,  
De dicha, paz y holgura,  
No de ambición de robo, de matanza,  
De miseria, de afanes, de agonía ... !  
Y con ellos volaron presurosos  
Esos días sabrosos que te digo.  
Ora a aquella juventud risueña y pura  
La éra sucedió de la indigencia,  
Del tedio y amargura

Del vicio, la mentira, la infidencia. (*R y A*, 96-97)

Después de su cuadro de costumbres, Caicedo Rojas termina el artículo VIII haciendo un comentario en el cual contrasta la difícil situación del país en su presente con esa época de abundancia que ha descrito en sus versos. Este comentario nos permite interpretar *Las cucharas de plata* como una crítica a su siglo XIX. El autor afirma:

Esos eran verdaderamente otros tiempos, señora mía. El bienestar y la abundancia relativas asimilaban en cierto modo a las diversas clases de la sociedad. El pobre, como el rico, tenían la comodidad y holgura que necesitaban para ser felices. Se hablaba entonces de onzas de oro, como se habla níckels, centavos o billetes. El pobre, como el rico, tenían bueno y abundante pan, que hoy no tenemos ni por asomo. El pobre, como el rico, comían y bebían en plata fina, que, además de ser gran lujo por su valor intrínseco, era más económica que la loza moderna, que cuesta caro y pronto se destruye. Hoy solo la gente de gran caudal tiene vajilla de plata o de algo que parece plata, y solo la usa en las ocasiones solemnes. El más infeliz poseía antaño por lo menos un braserillo, un jarro y un pocillo del preciado metal. (*R y A*, 97-98)

Como es evidente en este comentario, a pesar de que, en ambos siglos, el XVII y el XIX, había una diferencia entre las clases sociales, solo en el segundo esa diferencia implica que la posesión de objetos valiosos se limitaba exclusivamente a la clase alta y que, de acuerdo con la descripción que ya hemos notado en las citas de Jurado y Samper, la clase baja experimentaba pobreza y escasez. En ese sentido, Caicedo Rojas le da un sentido didáctico a la evocación de las costumbres del siglo XVII para expresar un problema de su presente, mostrándoles a sus lectores cómo debería verse la diferencia de clases en el país. Nuestro autor es parte de los intelectuales conservadores que le dieron la espalda a la modernidad, pues veían en ella el origen del libre comercio en el país y la decadencia económica que vino posteriormente. Dichos intelectuales

creyeron que el país era aún muy inmaduro para adoptar apropiadamente los principios económicos modernos. Esta “inmadurez” es descrita por Rubén Jaramillo Vélez, en su obra *Colombia: la modernidad postergada*:

Pero en estos países no se habían producido los mismos desarrollos, no se habían gestado las mismas clases sociales ni las correspondientes relaciones de producción, que pudieran servir de agentes concretos a las ideologías llegadas del otro lado del Atlántico y también de la naciente y pujante república del norte cuyo proceso emancipador tanto había llegado a influir en la eclosión del proceso revolucionario en la misma Francia. El entusiasmo de las élites criollas por los ideales de la Asamblea constituyente y legislativa o por el texto de Filadelfia respondía desde luego al “espíritu de los tiempos”, aunque distaba mucho de estar respaldado por hechos concretos: por procesos efectivos y desarrollos socioeconómicos, culturales e idiosincrasia que se correspondiesen con este espíritu. Se trataba más bien de una abstracta identificación por parte de sectores minoritarios ilustrados, que tal vez no resultaría exagerado calificar de ingenua. (Vélez, 1998: 28)

Cerramos este capítulo afirmando que *Recuerdos y apuntamientos* constituye una historia no convencional que se inscribe dentro del gran proyecto de los escritores costumbristas que buscaron construir los símbolos nacionales por medio de sus obras literarias. Caicedo Rojas cuenta la historia de Colombia, pero en su método abandona la forma tradicional de contar los eventos y fenómenos históricos, fundamentada en la cronología, en el estudio científico de los documentos y en el relato simple, para incluir elementos como el recuerdo, las historias realizadas por colegas contemporáneos, el humor y los cuadros de costumbres. Así, *Recuerdos y apuntamientos* adquiere características estéticas singulares que, a diferencia de los tratados tradicionales de historia, le permiten a su autor hacer un análisis particular de su propio presente y tomar postura frente a sus fenómenos.

Ahora, en este capítulo vimos que Caicedo Rojas analiza diferentes fenómenos de su presente a medida que construye la historia del país en sus artículos, entre ellos el aporte de las instituciones religiosas a la educación, el daño que habían hecho las reformas de los radicales liberales al país, la labor civilizadora que habían ejercido los jesuitas, y la crisis económica causada por las guerras civiles bipartidistas. Pero, ¿a qué conclusión podríamos llegar después de una revisión en conjunto de todos los fenómenos analizados por Caicedo Rojas en sus artículos? Aquello que sea común a todos los artículos será sin duda el principal aporte del autor a la construcción de los símbolos nacionales en el país. En el siguiente capítulo sustentamos una

hipótesis acerca de cuál es el fenómeno común analizado por Caicedo Rojas en toda la obra y sobre el cual él construye su postura frente a su presente en 1886.

## **Capítulo 2. La religión católica como elemento unificador de la identidad “colombiana” a partir de la Regeneración.**

En la Introducción afirmamos que *Recuerdos y apuntamientos* de José Caicedo Rojas se inscribe dentro del proyecto general del costumbrismo colombiano y que hace parte de las obras a través de las cuales se elabora el conjunto de los símbolos nacionales. Luego, en el primer capítulo, demostramos que esta obra adopta la forma de una historia de Colombia, narrada de manera no convencional. A la luz de recuerdos, narraciones humorísticas, cuadros de costumbres y comentarios de otros historiadores contemporáneos, Caicedo Rojas analiza diferentes fenómenos de su presente. Ahora abrimos el segundo capítulo con la siguiente pregunta: entre todos los fenómenos y aspectos socio-históricos del país analizados por Caicedo Rojas en los 28 artículos de su obra, ¿cuál es el más recurrente de todos y el que más llama la atención una vez que se lee la obra en su totalidad?

En este capítulo me propongo demostrar que José Caicedo Rojas ve la religión católica como el elemento más importante en la formación y organización social del territorio nacional desde la Conquista hasta la era republicana; para él se trata de un elemento unificador en la identidad colombiana. Este ejercicio se asimila al realizado en el trabajo *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia*, en el cual Padilla demuestra que el sentimiento religioso es visto por Isaacs como un elemento propio del inconsciente cultural colectivo neogranadino (Padilla, 2016: 127-163). Nuestro autor es de aquellos que reafirman en su obra la relevancia del proceso evangelizador hasta el punto de convertir el catolicismo en una especie de segunda naturaleza de los habitantes del país, razón por la cual, en el contexto de la Regeneración, se permite cuestionar la orientación laica que los liberales radicales le dieron al país durante la hegemonía liberal a partir de 1849. La organización de los “artículos”, en la estructura narrativa de *Recuerdos y apuntamientos*, sugiere que, desde el inicio, los granadinos, luego colombianos, hicieron suya la religión católica. Al convertir el sentimiento religioso en bandera política, al igual que otros intelectuales del siglo (Vergara y Vergara, Madieto, entre otros), Caicedo Rojas reafirma el catolicismo como elemento esencial de la identidad del pueblo colombiano: este es uno de esos textos en los que los autores comprometidos con la causa religiosa buscaron crear el sistema de símbolos nacionales haciendo tomar conciencia de este fenómeno natural dentro de la identidad colombiana.

Volviendo a los conceptos de valor literario y valor estético propuestos por Mukarovsky, si en el primer capítulo revisamos los aspectos composicionales internos de la obra y asignamos un valor literario, en este capítulo nos enfocaremos en asignarle un valor estético. Aunque revisar el sentimiento religioso como bandera política y la construcción de una identidad nacional no parece ser el ejercicio más “estético”, es importante recordar que, para Mukarovsky, la función estética o, en otras palabras, aquello esencialmente artístico y estético, no tiene que ser necesariamente lo único dominante dentro de una obra. Por el contrario, el valor estético concibe la obra como “un todo coherente”, en el cual puede predominar su aspecto sociológico. Tal es el caso de la obra de José Caicedo Rojas, que evidentemente se mueve, por así decirlo, entre dos aguas: lo puramente literario y lo no literario. Esta obra y muchas otras que también son parte del Costumbrismo colombiano, se pusieron al servicio de la Regeneración, y eso hizo que parte fundamental de su valor estético se halle justamente en aquello que no es propiamente literario, sino sociológico; su valor estaba, desde la perspectiva de los lectores de su época, en su afirmación del catolicismo como elemento unificador de la identidad colombiana en el período de la Regeneración. Al respecto de este “todo coherente”, Mukarovsky afirma que:

La aplicación de la norma estética subordina el caso singular a la regla general y atañe a un solo aspecto de la cosa, a saber, su función estética, lo cual no siempre tiene que ser dominante. Por el contrario, la valoración estética juzga el fenómeno en toda su complejidad, porque también todos los valores y funciones extraestéticos entran a actuar como componentes del valor estético; por ello, la valoración estética concibe la obra de arte como un todo coherente (unidad de conjunto) y es un acto individualizador. El valor estético en el arte se presenta como único e irrepetible. (Jandová, J. y Volek, E., 2020: 170)

### **2.1 *Recuerdos y apuntamientos* y el ideario regeneracionista**

Para poder entender por qué Caicedo Rojas decide reivindicar la religión católica en su obra, me permito recordar el lugar que ocupó la cuestión religiosa en los debates entre liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX hasta el momento en que se publica la obra, en 1886.

El periodo comprendido entre 1863 y 1885 es conocido como el “Olimpo Radical”, cuando el ala más radical del partido liberal pone en marcha grandes reformas en la nación, las cuales ya habían comenzado con José Hilario López en 1849 y la Constitución de 1853 (González, 1987: 95-110). El principal objetivo de estas reformas fue el de implementar un Estado laico más acorde con los nuevos Estados modernos, liberando al pueblo de los rezagos coloniales y promoviendo las libertades civiles. Al respecto, Bidegain afirma que, para los liberales de este período, era

imposible concebir las transformaciones necesarias para lograr una completa democratización y llevar a cabo su programa sin cambiar primero la organización tradicional de la Iglesia (Bidegain, 1987: 153). Esto implicaba separar los poderes, apartando a la Iglesia de los asuntos políticos, por lo que, en 1853, la iglesia en la Nueva Granada se separa del Vaticano. Como lo afirma González González, “el control del clero sobre la vida humana era irresistible, pues abarcaba desde el nacimiento hasta la muerte” (González, 1997: 178). En cuanto a la política, las reformas liberales buscaron implementar un sistema federalista de gobierno, acabando con el centralismo que, desde el periodo conservador entre 1843 y 1849, estuvo muy intervenido por la presencia de la Iglesia. En cuanto a la economía, se promovió el *laissez faire* francés, permitiendo que el trabajo privado tuviera un mayor efecto sobre el desarrollo de la nación (Melo, 1989a: 23).

Estas reformas liberales tenían una clara intención de progreso y modernización del país, incluso en las cuestiones éticas y morales. En el área de la educación, este período vio el nacimiento de la Universidad Nacional de Colombia y de muchas escuelas y, en el área de la economía, hubo un mayor desarrollo a nivel regional y una liberalización de las empresas frente al control del Estado. En palabras de Ortiz Mesa:

Los liberales incrementaron la educación, construyeron caminos, le dieron fuerza a la navegación a vapor e iniciaron los ferrocarriles, sus periódicos y sociedades tuvieron años de esplendor entre 1860 y 1880, y las sociedades y asociaciones –entre ellas, 36 logias masónicas existentes en el país– también tuvieron importancia en la creación de un nuevo paisaje cultural. (Ortiz, 2013: 19)

Pero, a pesar de la intención de progreso, la separación entre el Estado y la Iglesia provocó una gran crisis en todo el país. Este periodo se caracterizó por la confrontación entre liberales y conservadores y por el hecho de que las élites tradicionalistas se vieron afectadas económicamente. La élite conservadora y el clero veían en la unión entre el Estado y la Iglesia la forma natural en la que la sociedad debía funcionar, contrario a los liberales, que vieron en dicha unión la fuente de toda tiranía y corrupción. (González, 1997: 159-160)

Esto hizo que los conservadores tomaran como bandera política los principios religiosos y convirtieran las reformas liberales en odio hacia la religión para hacer avanzar su campaña. Si bien los liberales no estaban en contra de los valores del cristianismo (Bidegain, 1987: 146), sino del poder que tenía la Iglesia como institución en el área de la educación y la política, los conservadores les dieron una fama de ateos, antirreligiosos, usando todos los medios educativos, religiosos y sociales a su disposición. Un ejemplo de esto es la creación del periódico *El*

*Catolicismo* en 1850. Al respecto, Ortiz Mesa dice que: “Es notorio entonces por qué la Iglesia católica, ante el avance político e ideológico de los liberales, debió competir con ellos en los campos de la prensa, la creación de opinión pública, las prácticas asociativas y la educación” (Ortiz, 2013: 19).

La reforma liberal y el conflicto bipartidista que esta provoca produjeron una “crisis de conciencia” en el pueblo acostumbrado a ver en la religión sus principios más importantes (Padilla 2008: 108). Sin duda, los valores del catolicismo estaban muy arraigados en la cosmovisión de las personas. Poco a poco dejó de ser un problema de desacuerdos y posturas políticas, y comenzó a involucrar la conciencia misma. Aunque los liberales al frente de las reformas no eran necesariamente ateos, sus acciones anticlericales fueron deliberadamente interpretadas como un ataque a la religión (97 y ss.). Desde la victoria violenta de los liberales en la guerra de 1860–1862, el establecimiento de la constitución de 1863 y el cambio de nombre del país a Estados Unidos de Colombia, siguió abriéndose una herida en las clases dirigentes conservadoras que venía de décadas atrás. Un sector conservador percibió y, de alguna forma, convirtió todos los cambios en un ataque directo a la religión misma y a la moral del pueblo. Esto llevó a que se produjeran enfrentamientos, debates y manifestaciones en todos los territorios en contra del radicalismo liberal. En palabras de Iván Padilla, en su trabajo *El debate de la hispanidad*, “al autorizar la práctica de otros cultos y al establecer que el catolicismo no era el administrador exclusivo de las verdades celestiales, la reforma liberal desestabiliza un pueblo católico por tradición. Un cambio tan radical trae consigo una crisis de conciencia que lanza a los granadinos en una especie de guerras de religión” (108).

Las guerras internas que tuvieron lugar en todo el territorio y la influencia de políticos y pensadores conservadores y liberales moderados, llevaron a que en 1878 el general Julián Trujillo fuese elegido presidente, siendo el primer liberal moderado en llegar al poder desde el establecimiento de la constitución de 1863, dando fin al Olimpo Radical (Melo, 1989a: 29-32). Por ese tiempo Rafael Núñez, primer presidente del congreso y luego presidente de la república en los períodos 1880-1882, 1884-1886 y 1886-1887, pronunció la famosa frase que describió el inicio del movimiento de la Regeneración: “Hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental o catástrofe” (30).

La así llamada “Regeneración” se trató del movimiento político que persiguió un cambio en la organización moral, política, económica y religiosa de los Estados Unidos de Colombia,

luego República de Colombia. La guerra civil de 1876 había sido el punto climático del caos en el que estaba la nación por las guerras producidas a raíz de la laicización desarrollada desde mitad de siglo. Como su nombre lo indica, ahora el país estaba en un proceso de “regenerarse”, dando a entender que la influencia de los liberales radicales había resultado en catástrofe y retraso (Melo, 1989a: 30).

Con el establecimiento de la nueva constitución, la Iglesia vuelve a adquirir el lugar que le había sido arrebatado y se forma un nuevo sistema en donde la religión tiene un papel central en el orden social. En palabras de Orlando Melo, “El sistema fue centralista, religioso, autoritario, social y políticamente excluyente” (Melo, 2017: 229). Según Melo, la Regeneración se caracterizó por el hecho de que la política y la organización legislativa y social debían corresponder con los valores esenciales de la nación, los cuales estaban determinados por la religión católica (231). Desde la promulgación de esa Constitución, la nación se comenzó a llamar “La República de Colombia”, abandonando el federalismo y convirtiéndose en un país centralista. Si bien la nueva Constitución de Colombia establecía la libertad de cultos, se reconoció que el catolicismo era la creencia más fuerte del pueblo, como se evidencia en el Concordato del 31 de diciembre de 1887, cuyo primer artículo afirma que “La Religión Católica, apostólica, romana es la de Colombia; los poderes públicos la reconocen como elemento esencial del orden social, y se obligan a protegerla y hacerla respetar, lo mismo que a sus ministros, conservándola a la vez en el pleno goce de sus derechos y prerrogativas” (Ley 35 de 1888<sup>11</sup>). Melo describe el espíritu de la Constitución de 1886, principal producto de la Regeneración, de la siguiente manera:

La Constitución definió con bastante claridad los aspectos fundamentales del proyecto político de Núñez y de los regeneradores. El objetivo esencial era claro: se trataba de garantizar el orden del país. Y se confiaba que el orden se apoyaría sobre una serie de elementos básicos: la centralización radical del poder público, el fortalecimiento de los poderes del ejecutivo, el apoyo a la Iglesia católica y la utilización de la religión como fuerza educativa y de control social. En cuanto al centralismo, la Constitución consagraba el carácter unitario de nación, en la que residía la soberanía, modificaba el nombre de estados por el de departamentos, ordenaba que la legislación penal, civil, comercial, minera, etc., fuese de orden nacional, y eliminaba la elección de funcionarios ejecutivos regionales. Ahora el presidente designaría a los gobernadores y éstos a los

---

<sup>11</sup> Tomada de: <https://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=30019433#:~:text=%C2%B0%20La%20Iglesia%20cat%C3%B3lica%20con%20servar%20A1.administraci%C3%B3n%20con%20sus%20propias%20Leyes>. Fecha de consulta: noviembre 17, 2022.

alcaldes; todos los funcionarios del ejecutivo tendrían el origen de su nombramiento en el presidente de la República. (Melo, 1989b: 48-49)

Ahora, en este contexto de la Regeneración, vale la pena preguntarse: ¿qué papel jugó la literatura costumbrista en el proceso de construcción del país, y más específicamente, en el proceso regeneracionista? Parte de la hipótesis de este trabajo es que los cambios que tuvieron lugar en la nación requerían de una base intelectual y literaria que les permitiera enraizarse en la mente de los ciudadanos. En medio de la crisis de conciencia que atravesaba la sociedad neogranadina, los intelectuales colombianos, de tendencia conservadora, haciendo eco de las ideas de pensadores católicos como Chateaubriand, Louis de Bonald y Joseph de Maistre (Bidegain, 1987: 157), defendieron la idea de un Estado organizado alrededor de principios católicos que llevó progresivamente al final de la hegemonía radical. Para estos pensadores, era imposible lograr la civilización y el desarrollo de la nación sin la influencia del Evangelio. Por lo general, ninguno de ellos concibió el orden social sin lineamientos o principios religiosos (157-163). Como lo afirma Padilla, la cuestión religiosa, eje central del movimiento regeneracionista, fue el origen de mucha literatura:

La abundancia de material relacionado con la cuestión religiosa nos obliga a insistir en el carácter histórico y trascendental de esta crisis de conciencia en Colombia. No compartimos el argumento según el cual solamente se trata de una simple «contienda». Un fenómeno que produce tanta literatura no puede ser considerado de esta manera. (Padilla, 2008: 112)

Así, la obra tardía de José Caicedo Rojas, se afilia a las ideas que fundamentan la Regeneración conservadora. Justamente *Recuerdos y Apuntamientos* se publica en 1886 y, desde mi punto de vista, hace parte de las obras cuyo propósito era reivindicar la importancia del cristianismo católico en el imaginario abstracto de nación desde la perspectiva de una Colombia conservadora, católica y civilizada. Caicedo Rojas le impone entonces a su texto una perspectiva histórica que le permite al lector entender la presencia del cristianismo católico en su imaginario desde los primeros años de la conquista. En su narración no hace una explicación ni exhaustiva ni cronológica de los sucesos de la historia, sino que ubica momentos específicos y representativos que abarcan el período total de la existencia del país, desde la colonización hasta la era republicana. Parte de su estrategia literaria es hacer notar elementos constantes y patrones que se mantienen en todos esos momentos históricos.

Como parte del propósito de su demostración de que el catolicismo es el elemento clave en el orden social, Caicedo Rojas utiliza el término “colombianos” a lo largo de toda su obra, y por

eso hemos puesto especial énfasis en dicho término en el título de este capítulo. Como ya lo dijimos, el país comenzó a llamarse “República de Colombia” a partir de 1886, año en el que se firmó la nueva constitución de ideales conservadores. Así, como para ratificar su adhesión al ideal regeneracionista, Caicedo Rojas se refiere al país como “Colombia” (e. g. *R y A*, 108, 114) y a sus compatriotas como “colombianos” (e. g. *R y A*, 19, 38, 57, 69, 172, 194), aquellos que ya pertenecen a un nuevo orden social caracterizado por la influencia de los valores cristianos. Una de sus digresiones del artículo XVIII demuestra que Caicedo Rojas asume la tarea de repensar para las generaciones futuras los nuevos símbolos nacionales. Sin duda, se trata de *regenerar*, en el sentido que le dieron a este término en la época, el conjunto de los símbolos nacionales que, según él, se pretendió ignorar durante mucho tiempo y que, en principio, debían identificar a los colombianos; razón por la cual afirma que “La moderna Colombia debe ser ante todo granadina, y ya es tiempo de ir sacando, limpiando, abrigando, regenerando las figuras de nuestros grandes hombres” (*R y A*, 157).

Sin lugar a dudas, Caicedo Rojas busca que el pueblo colombiano se identifique como católico y de raíces españolas y que entienda que, si bien es independiente y no pertenece ya administrativa y políticamente a la Corona española, sí conserva la principal herencia latina, la de la religión católica. Habiendo afirmado cuál es la intención del autor en *Recuerdos y apuntamientos* dentro del proyecto regeneracionista, ahora me permito revisar cómo se presenta la religión católica como elemento unificador de la identidad colombiana a través del arte religioso, la razón científica y la tradición oral.

## **2.2 El arte religioso como medio para la toma de posición**

A lo largo de toda su obra, José Caicedo Rojas demostró un gran compromiso con la creación de las instituciones culturales y la promoción de la literatura y el arte en Bogotá, sobre todo con las manifestaciones musicales (Duque (1996) y Cortés (2016)). Como parte de ese compromiso, en *Recuerdos y apuntamientos* Caicedo Rojas le da un lugar especial al arte y las anécdotas de diferentes artistas, mostrando que el sentimiento religioso de la nación se expresa en las obras artísticas de nuestros pintores, escultores y escritores. En un momento histórico en el cual el catolicismo y sus valores fueron utilizados por el partido conservador como bandera de sus ideales, Caicedo Rojas demuestra que el arte materializa este aspecto de la espiritualidad colombiana.

Ahora, es importante notar que el arte siempre fue utilizado por los fieles católicos para continuar con la expansión del Evangelio y las doctrinas católicas. Borja Gómez, en su libro *Pintura y cultura barroca en la Nueva Granada*, explica el papel persuasivo de las imágenes religiosas:

La intensa difusión de las imágenes como herramientas para la propagación de la ortodoxia católica fue uno de los más importantes triunfos de la contrarreforma. Aunque facilitaban la evangelización bajo las nuevas condiciones que exigía la cristiandad reformada, la importancia que adquirió la imagen también se debió al trabajo teórico que se elaboró a su alrededor. (...) Como arte de la persuasión aplicada a las imágenes, permitió que éstas se constituyeran en una herramienta que servía para atraer a los fieles hacia la devoción, un mecanismo que buscaba persuadir al creyente para que aceptara el mensaje cristiano a través del entendimiento, los sentidos y el sentimiento. (Borja, 2012: 38, 42)

Cuando Caicedo Rojas analiza las obras del arte colombiano, en particular pictóricas y escultóricas, realmente se preocupa por demostrar que el espíritu cristiano transmitido por los colonizadores desde la conquista permanece presente en el imaginario nacional. Con este tipo de demostraciones Caicedo Rojas asume una posición crítica frente al proceso de laicización emprendido por los liberales.

Para mostrar la manera como Caicedo Rojas demuestra que el sentimiento cristiano se expresa en el arte religioso, revisaré el artículo V de *Recuerdos y apuntamientos*, uno de los más extensos e importantes en toda la obra. En este artículo se hace referencia a obras del arte religioso, en particular a representaciones de Cristo, que él llama los “Cristos notables” porque cada uno de ellos se convirtió en motivo de una leyenda popular conocida por muchos en el país (*R y A*, 39). Aquí, para dar cuenta de la presencia del cristianismo católico en el imaginario de los connacionales, Caicedo Rojas entiende las obras de arte como testimonios de los diferentes momentos de nuestra historia, de tal importancia que sobre ellas se han hecho leyendas y recuentos históricos dignos de ser comunicados a lo largo de los siglos por medio de la tradición oral y tratados históricos, como la *Historia Eclesiástica y Civil* de Groot (*R y A*, 45-46). Estas leyendas se convierten en la base de un conocimiento histórico, pues se refieren a sucesos que ocurrieron en diferentes momentos de los cuatro siglos que comprenden el período desde la colonia hasta la era republicana.

Caicedo Rojas comienza este artículo con la leyenda de origen del “Cristo de la Conquista”<sup>12</sup> (*R y A*, 40). El autor la refiere para afirmar la piedad cristiana de los creyentes católicos y asumir una postura en contra de las ideas de la Reforma protestante y del anticlericalismo que ella proponía, asumiendo una posición frente a los intentos de laicización del país. En vez de referirse directamente a los liberales de su época que habían tratado de implementar la libertad de cultos y secularizar al país, Caicedo Rojas se permite recordar que esa obra fue compuesta en el tiempo de la Reforma Protestante y ratifica nuestra cultura española, latina y católica, diferenciándonos así de los países anglosajones de cultura protestante.

El así llamado “Cristo de la conquista” se trata de una pintura improvisada que fue realizada en un lienzo usando colores vegetales y cerdas de animales. Esta pintura es notable por su falta de precisión artística y de profesionalismo pues, al parecer, no fue elaborada por un artista de oficio: incluso Caicedo Rojas considera que el Padre de Las Casas pudo haber sido el director de la obra. La leyenda de esta obra de arte hace referencia a los primeros momentos del país y a la llegada de los españoles y del cristianismo católico en el tiempo de la conquista. En este artículo se evidencia el sentimiento cristiano que estos primeros españoles trajeron a estas tierras en el siglo XVI. Caicedo Rojas narra el establecimiento del primer lugar de adoración a Dios y el hecho de que no tenían aún una imagen religiosa que les sirviera para llevar a cabo su culto:

Establecidos los españoles en ellas, fijado el sitio para el cuartel general, distribuidos los solares para edificar casas, y en construcción ya la capilla pajiza, primer templo que se erigía al Dios verdadero en estas comarcas, sólo faltaba una imagen del Redentor que la inaugurase y santificase, puesto que los conquistadores eran todos católicos, y la llamada Reforma religiosa apenas comenzaba a asomar las narices en Europa. Si todos ellos, o la mayor parte, hubieran sido lo que hoy son los protestantes, no habrían necesitado de tal imagen, y habrían sido suficientes para su culto las desnudas paredes de bahereque de la capilla, y una improvisada barbacoa para subir a perorar o a leer; pero los católicos necesitamos algo que nos hable al corazón, que presida nuestras augustas ceremonias, y fije nuestra atención y nuestro espíritu, para tributar adoración al Dios Hombre y veneración a las imágenes. (*R y A*, 40)

El autor deja ver su toma de posición de dos maneras. Primero, reflexiona sobre las implicaciones de haber sido colonizados por una nación católica. En este artículo se asume la posibilidad de que los colombianos hubieran sido colonizados por una nación protestante, como

---

<sup>12</sup> Esta obra de arte aún se conserva en la Catedral Primada de Colombia, ubicada en la Plaza de Bolívar en Bogotá.

ocurrió en los Estados Unidos. Su actitud es política, no sólo frente a la Iglesia Protestante, sino también frente a la cultura anglosajona americana que había influenciado los ideales liberales sobre un Estado moderno democrático. El autor reafirma aquí el catolicismo como la religión del mundo hispano, latino y, por ende, de los colombianos. Esta profunda conexión entre la religión católica y la cultura española era parte de las ideas que los conservadores regeneracionistas, representados principalmente por Miguel Antonio Caro, querían defender en la Constitución de 1886.

Pero Caicedo Rojas también toma posición frente a la moral y las prácticas del protestantismo. Detrás de la construcción de este lienzo había una gran necesidad religiosa: la de venerar imágenes como expresión de adoración a Dios, a Cristo, a la Virgen y a los santos en general. Como se puede ver, la narración de esta leyenda es una reacción ante aquello que los protestantes entendían como idolatría pura<sup>13</sup>: en la perspectiva de nuestro autor se trata de la esencia de las prácticas del catolicismo. Además, sus palabras despectivas muestran una opinión clara sobre los protestantes de su día: según él, estos eran superficiales y perezosos en su devoción religiosa. Caicedo Rojas se incluye dentro del grupo de católicos devotos y dice al respecto de esa devoción que: “los católicos necesitamos algo que nos hable al corazón, que presida nuestras augustas ceremonias, y fije nuestra atención y nuestro espíritu, para tributar adoración al Dios Hombre y veneración a las imágenes” (*R y A*, 40). En el pensamiento de Caicedo Rojas, el culto a las imágenes, con todos sus elementos estéticos y lenguaje que le habla al “corazón”, evidencia una relación más profunda con lo divino.

Una segunda leyenda notable en este artículo es la pintura de un Cristo abandonada en la capilla de Santo Domingo en Santafé de Bogotá, la cual fue hallada por el Barón de Humboldt en su visita a Bogotá en 1802. Cuando la encontró, se dio cuenta de que esta había sido hecha por el pintor nacional Gregorio Vásquez, fechada en 1698, y condenó el hecho de que tan tremenda obra estuviera guardada en un rincón.

La narración de Caicedo Rojas sobre esta obra de arte demuestra una clara intención política. Durante el relato de esta leyenda, Caicedo Rojas le dice a su interlocutora “Si entra usted a esa iglesia y se dirige a la capilla de Santa Juana, que está detrás del altar mayor, verá entre

---

<sup>13</sup> El protestantismo enfatizó mucho la predicación, comprensión y aplicación de las Sagradas Escrituras como el medio principal de adoración. En su oposición a la iglesia católica como institución, a las indulgencias como medio de salvación y a un tipo de liturgia demasiado lejano a la gente del común, terminó por relegar las imágenes religiosas a un segundo plano dentro de la práctica de la fe. Con el tiempo, el uso de imágenes en la adoración terminó siendo relacionado con la idolatría por parte de los protestantes (Blanco y Ferrer, 2017: 92, 101).

muchos trastes viejos que hizo amontonar allí la revolución de 1861 —que no dejó sino escombros en todo el país—, un Calvario de relieve entero (...)” (*R y A*, 44). La revolución de 1861 representa para Caicedo Rojas un momento de gran pérdida para la nación en muchos sentidos, entre ellos el religioso. Como ya lo mencionamos, después de un período de dos años de guerra (1860 – 1862), los liberales tomaron el poder y establecieron los Estados Unidos de Colombia por medio de la Constitución de 1863. Aquí Caicedo Rojas toma una postura clara en contra de las reformas liberales, pues las percibe como un atraso generalizado en toda la nación. A pesar de que la constitución del 63 pretendía ser bandera de las ideas de la ilustración, en esta leyenda se la asocia con la irracionalidad: así como el Barón de Humboldt tuvo que mandar a que sacaran la pintura de Vásquez del rincón en el que estaba porque quienes cuidaban de la capilla eran ignorantes y no entendían que “cualquier inteligente daría por ella una fuerte suma” (*R y A*, 45), así también el gobierno de los liberales actuó de manera irracional, pretendiendo relegar en el olvido las obras de arte que daban cuenta del sentimiento religioso del país y que expresaban su proceso histórico. Caicedo Rojas concluye su narración sobre esta pintura diciendo que: “La revolución de 1861, privó a nuestro país de esta joya, como de otras varias, y parece que el Cristo fue a establecerse en Europa” (*R y A*, 45).

Para ratificar el catolicismo como la religión nacional, Caicedo Rojas recurre también a la leyenda del Cristo que venía para la iglesia de los Agustinos Calzados (*R y A*, 56). En la narración de la leyenda de esta obra, Caicedo Rojas nuevamente toma posición frente al lugar del catolicismo en América Latina. La leyenda cuenta que esta escultura llegó a Bogotá por equivocación, pues en realidad debía llegar a Lima, y a Lima llegó una escultura inferior que debía llegar a Bogotá. La confusión se dio en el contexto de las transformaciones que la Reforma Protestante estaba llevando a cabo en otros países europeos. Al respecto, Caicedo Rojas afirma que “Una y otra imágenes existían casualmente en Londres, de donde salían diariamente desterrados, en los primeros años del furor de la Reforma, todos los objetos que servían para el culto católico”, ya que quienes las enviaron “se pusieron de acuerdo” para que llegaran a “América” (*R y A*, 56) después de ser subastadas y rematadas.

En el lenguaje de Caicedo Rojas se nota que, de cierta forma, la Reforma “desterró” al catolicismo y lo envió a América, lugar donde renace y se afirma. Pareciera que, para nuestro autor, la Reforma se hubiera convertido en la religión de los países más avanzados y que, a modo de desprecio, hubieran entendido el catolicismo como la religión de los países menos avanzados,

en particular de España, a quien, debido a los desmanes de la inquisición, se le acusa de retrógrada, fanática y supersticiosa. Pero Caicedo Rojas invierte la idea y presenta el catolicismo como parte de la esencia de las nuevas repúblicas.

El autor muestra el celo que las personas en Colombia tenían hacia el catolicismo, pues cuenta en la leyenda que, aunque de Lima reclamaron la obra de arte, “nuestros agustinos se denegaron a hacer el cambio, diciendo que (...) el Nazareno no salía de aquí. Allá tuvieron que conformarse con esta resolución, que al fin, todo se quedaba en casa” (*R y A*, 56). La “casa” del catolicismo era Colombia y sus fieles se negaron, desde el tiempo de la leyenda hasta la era republicana, a dejarlo ir. Caicedo Rojas postula aquí que el catolicismo es parte de la identidad colombiana y que Colombia es su hogar, no solo porque los españoles impusieron en el pasado esta religión, sino porque los neogranadinos la habían abrazado como propia a lo largo de su historia.

También vale la pena notar que Caicedo Rojas destaca en esta leyenda que el catolicismo se ha visto amenazado por los ideales anticlericales de los liberales y equipara estos a los ideales de la Reforma Protestante. En la misma leyenda nombra otra obra de arte y dice que también fue afectada por las reformas: “A propósito, otra de las desterradas de Londres, en la misma época, fue la imagen de La Concepción, que se venera en la iglesia de San Francisco, la cual, además de las injurias que recibió de la Reforma inglesa, ha venido a sufrir aquí la de las reformas colombianas” (*R y A*, 56-57).

Aunque en el próximo punto hablaremos del artículo VII con más detalle, vale la pena concluir este tema del arte religioso mostrando la profunda relación que Caicedo Rojas establece entre la religión y la apreciación del arte. Como creyente de los valores católicos, el autor afirma la importancia de los actos de devoción a Dios, y entre ellos resalta la oración como una forma de acercarse a la divinidad. En este artículo se relaciona el acto de orar con el de apreciar el arte. En sus palabras, “Admirar, pues, las maravillas de la creación, y las maravillas del ingenio humano es acercarse a Dios, es orar. El trabajo mismo es una oración, como prescrito por Dios” (*R y A*, 76). Para Caicedo Rojas, todo lo que existe tiene el propósito de mostrar la belleza del Creador y su identidad desplegada en lo creado, de forma que quien aprecia lo que es bello, adora a aquél que lo creó. Para demostrarlo, Caicedo Rojas cita a la escritora M. Giertz<sup>14</sup>, citada a su vez por el biógrafo de Hayden:

---

<sup>14</sup> Hemos realizado la búsqueda sobre esta escritora, pero no hemos encontrado ningún dato hasta el momento.

Toute expression du beau (no traduzco, ni es necesario), est un acte d'amour qui, à ce titre, n'est qu'à Dieu seul... Toute forme de beauté est donc essentiellement une forme d'amour. Tout nous parle de Dieu, même une fleur, cette charmante et gracieuse inutilité est elle bien autre chose qu'une expression de l'amour de Dieu? Les beaux arts étant nés de ce besoin du coeur humain d'embellir, c'est-à-dire d'aimer, ils sont comme des fleurs spirituelles qui ne doivent être offertes qu'à Celui, qui est jaloux de tous les mouvements de nos coeurs et qui a bien voulu nous aimer le premier; l'hommage de toute oeuvre d'art est donc rigoureusement dû à Dieu.<sup>15</sup> (*R y A*, 76-77)

Finalmente, aparte de las leyendas del arte religioso, es importante notar que Caicedo Rojas ve el desarrollo de las artes en el país a la luz de los debates religiosos y políticos de final del siglo. Por su gran interés en la promoción de las artes en el país, dedica gran parte de *Recuerdos y apuntamientos* a hablar sobre la historia y la situación presente del teatro en Bogotá, específicamente 11 artículos, del XVIII - XXVIII, lo cual constituye más de un tercio del libro. Si bien la religión no parece tener un papel prominente en esos artículos, el autor entiende que la institución cultural del teatro sólo logrará avanzar en la medida en que las reformas de la Regeneración tengan lugar. En el siguiente comentario, Caicedo Rojas tiene en mente el efecto de retraso que las reformas liberales y el conflicto alrededor de ellas han tenido sobre el teatro:

Si la paz se consolida, como es de suponerse, si las vías de comunicación han de ser al fin una realidad, si la política y los intereses materiales dejan al genio entregarse a sus pacíficas lucubraciones, el gran teatro que actualmente se está construyendo en Bogotá, y la consiguiente venida a esta capital de buenas compañías dramáticas y líricas, favorecidas por las exenciones y auxilios que el mismo Gobierno les concede, esta ciudad y el país en general, tendrán al fin lo que no falta en ninguna parte del mundo civilizado, como testimonio y certificado de adelantamiento y cultura. (*R y A*, 176-177)

### **2.3 La unidad entre la razón científica y la fe**

Como ya lo hemos notado anteriormente, la separación entre el Estado y la Iglesia estuvo en el centro del debate entre liberales y conservadores a lo largo de todo el siglo XIX. El pensamiento político de los liberales se originó en las ideas ilustradas de la Revolución Francesa, las cuales, aparte de defender las libertades individuales, la igualdad, el progreso, la libertad y la

---

<sup>15</sup> Traducción: Toda expresión de belleza (no traduzco, ni es necesario), es un acto de amor que, como tal, pertenece sólo a Dios... Cualquier forma de belleza es, por tanto, esencialmente una forma de amor. Todo nos habla de Dios, incluso una flor, ¿es esa inutilidad encantadora y graciosa algo distinto a una expresión del amor de Dios? Las bellas artes nacieron de esta necesidad del corazón humano de embellecer, es decir, de amar. Son como flores espirituales que sólo se deben ofrecer a Él, que es celoso de todos los movimientos de nuestro corazón y que quiso amarnos a nosotros primero; el homenaje de toda obra de arte se debe, pues, estrictamente a Dios.

razón, buscaron construir una sociedad mejor a través de la lucha contra la tiranía y la superstición, devolviendo el gobierno a las personas y quitándoselo de las manos a la Iglesia y la Monarquía, que basaba su gobierno en el derecho supuestamente otorgado por Dios. En otras palabras, tanto los ilustrados franceses como los liberales colombianos del siglo XIX, buscaron separar al Estado de la Iglesia en pro del progreso.

Sin embargo, como lo explica Padilla, primero en *El debate de la hispanidad* y luego en “La lectura política del *Genio del Cristianismo*”, un buen sector de intelectuales neogranadinos, con Vergara a la cabeza, hicieron una lectura política de los planteamientos de Chateaubriand y los adaptaron a los debates políticos suscitados con motivo de la separación del Estado y la Iglesia hacia el medio siglo XIX colombiano. De acuerdo con Padilla, en Colombia se interpretó de manera amplia la idea según la cual el cristianismo civilizó a occidente: los conservadores defendieron una ilustración moderada similar a la española, cuyo objetivo también era el progreso, pero manteniendo un elevado respeto por la labor civilizadora de la Iglesia (Padilla 2008: 117). Este sector conservador criticó fuertemente el carácter democrático de la ilustración al exponer los eventos del así llamado “período del terror” en Francia, y se esforzó por demostrar que las instituciones religiosas podían influenciar al país para lograr un progreso científico y una organización democrática de la sociedad. Así, las obras literarias de este sector rechazaron la separación del Estado y la Iglesia y, en cambio, defendieron la idea de que la razón no se oponía a la fe (Padilla, 2015: 246-247). Padilla describe la labor apologética del sector conservador de la siguiente manera:

El hecho de que las creencias y valores del cristianismo católico se mantuvieran hizo que el proceso de secularización fuera *sui generis*. Los principios del Evangelio permitieron sustentar, incluso, las nuevas ideas socialistas. Razón por la cual, a la hora de abordar el pensamiento conservador, urge observar que, provistos de cierto pragmatismo y un particular sentido de la realidad, los conservadores del siglo XIX cuestionaron el hecho de que los liberales consideraran el catolicismo incompatible con los modelos políticos sociales y económicos modernos y denunciaron el carácter utópico, prestado y sobrepuesto de algunas de las ideas liberales en Colombia. La apologética colombiana se preocupó, entonces, por demostrar la compatibilidad del catolicismo con el progreso material: una particular selección de argumentos y hechos con valor histórico les permiten mostrar que el cristianismo además de ser una cultura única y distinta a otras, al expandirse en América, la había anexado a la civilización latina europea. En las luchas por el poder, cuando las naciones latinoamericanas buscaban consolidarse, en Colombia, la revisión histórica de las obras hechas por

los religiosos católicos durante el periodo colonial (fundación de colegios, las misiones, bibliotecas, promoción del saber, etc.), les permitió demostrar que los principios del cristianismo no podían ser considerados como mitos o leyendas sin fundamento o como resultado del fanatismo y la superstición. Esta rica literatura, aunque ha sido utilizada por los historiadores y sociólogos, permanece desconocida, para los estudiosos de la literatura en particular. Dirigida a las autoridades políticas, la apologética colombiana se propuso demostrar la insoslayable huella del cristianismo en el progreso de la humanidad y la compatibilidad de los principios del Evangelio con los paradigmas de la cultura moderna. (Padilla, 2015: 253)

Podemos afirmar que, si bien los escritos de Caicedo Rojas propiamente no hacen parte de dicha apologética, sí adhieren a las ideas, principios y valores que defienden la compatibilidad del cristianismo y el Evangelio con los paradigmas científicos decimonónicos. Como ya lo demostramos en el capítulo anterior, a lo largo de *Recuerdos y apuntamientos*, hay una clara defensa de la labor de los jesuitas en la creación de las instituciones educativas y la promoción del conocimiento por medio de la imprenta. Incluso, desde el primer artículo de la obra, Caicedo Rojas habla del trabajo civilizador de los misioneros en las tribus indígenas (*R y A*, 23).

Un claro ejemplo de la defensa de la compatibilidad entre la razón y la fe está en el artículo VII, en cual Caicedo Rojas se refiere a una famosa Catedral en el país y la manera en la que las ceremonias religiosas se llevaban a cabo allí. Esta Catedral sirve de excusa para hablar sobre la conexión que existe entre el arte y la fe, asunto que ya abordamos en el punto anterior, y para abordar el asunto de la relación entre las ciencias naturales y la fe.

Después de nombrar los diferentes momentos de la misa cantada en la Catedral, Caicedo Rojas cuenta que en una de sus visitas escuchó un canto que narraba los sucesos del último día, citando las profecías de Jesús en Mateo 24 (*R y A*, 78-79). El autor luego procede a explicar estos sucesos a su interlocutora desde el punto de vista científico, dando razones relacionadas con la astronomía para hallar el sentido de frases bíblicas como “las estrellas caerán.” En esa exposición de astronomía, Caicedo Rojas habla sobre los cometas y las lluvias de cometas, el tamaño de cuerpos celestes como el sol y otras estrellas más grandes, la constancia y la velocidad a la que se mueven los cuerpos del sistema solar, la manera en la que los sentidos humanos perciben los fenómenos del espacio desde la tierra y otros asuntos relacionados con el tema (*R y A*, 78-84).

Pero, luego de su disertación sobre la astronomía de su tiempo, Caicedo Rojas afirma que los personajes bíblicos llegaron a conclusiones que concuerdan con los descubrimientos modernos sobre la geología y la astronomía. En otras palabras, quiere mostrar que la *Biblia* no solo es un

libro que contiene los mitos de la fe cristiana, sino también la base de la futura ciencia: en esta perspectiva nuestro autor plantea que, aunque la ciencia no se había desarrollado en la época bíblica como lo había hecho en su época, aquí se hallan las bases de la ciencia. Lo que él llama “ciencia intuitiva” no es más que el fundamento de la ciencia moderna. Así, quien cree en la *Biblia*, no solo piensa guiado por la fe, sino también de manera razonable. En palabras de Caicedo Rojas:

Pero estamos en el Adviento; volvamos a nuestro Evangelio, que es una profecía hecha por quien podía hacerla, pues que, sabiendo más que todos los astrónomos, veía los sucesos futuros a través de los abismos del tiempo y del espacio; si bien nunca hablaba de eso —ni había para qué— y todo lo que dijo en cierta ocasión fue, que en la casa de su padre "había muchas moradas". Usted sabe que la ciencia moderna está comprobando todo lo que había dicho la ciencia intuitiva; y, si Moisés, que no se había educado en colegios, ni cursado universidades, y que era un simple guardador de los rebaños de su suegro, hizo aquella admirable síntesis geológica que se llama el Génesis, ¡con cuánta mayor autoridad hablaría aquél que decía que una ciencia no era suya sino de su Padre! (*R y A*, 84-85)

En esta perspectiva, si bien considera que la ciencia había entonces avanzado mucho, al mismo tiempo, Caicedo Rojas plantea que siempre quedarán cosas ocultas: el ser humano no puede explicarlo todo y muchas veces lo trascendente escapa a su razón. En este caso, según él, solo nos queda la fe:

La última observación que haré a usted hoy, es ésta: si sobre la palabra y buena fe de los astrónomos creemos lo que dicen y lo que no está a nuestro alcance, en otro orden de cosas, ¿por qué no hemos de creer lo que no vemos ni comprendemos, que es lo que nos enseña la fe religiosa y lo que reza el catecismo? Evidentemente la fe no está reñida con la ciencia humana ni con la razón. (*R y A*, 87)

Con esta frase final, “la fe no está reñida con la ciencia humana ni con la razón”, Caicedo Rojas sostiene que una sociedad que busca el avance científico no necesita deshacerse de sus creencias religiosas, atacando así la antirreligiosidad del sector liberal más radical de su tiempo. Sin duda, esta forma de justificar y reivindicar los principios cristianos en la organización social, revela cierta tensión, contradicción, en el pensamiento de Caicedo Rojas, pues entiende que esto va en contravía de las tendencias del pensamiento moderno de la época. Caicedo Rojas fue consciente de que la propuesta política regeneracionista implicaba cierto riesgo que, como explica Jaramillo Vélez, pospone la modernización del *ethos* colombiano (Vélez, 1998: 27-57). Llegamos así a la conclusión de que, para Caicedo Rojas, la religión católica podía ser el elemento unificador de la identidad colombiana y esto no contradecía los ideales nacionales de progreso.

Ahora, vale la pena resaltar en esta última cita de Caicedo Rojas que él hace también una crítica implícita a la forma, por así decirlo, “religiosa” en la que la ilustración ofrece una visión del mundo. De alguna manera, toda su disertación es un acto de fe en los astrónomos, pues él mismo no puede comprobar aquello que afirma sobre los astros, por lo cual dice: “si sobre la palabra y buena fe de los astrónomos creemos lo que dicen y lo que no está a nuestro alcance...” (*R y A*, 80). Incluso, antes de comenzar su disertación, dice: “¿Quién soy yo para hablar de astronomía ni meteorología? Pero cuando ellos lo dicen, estudiado lo tendrán; y aquí entra la fe. Dicen, pues, esos señores, que el espacio...” (*R y A*, 80). Se trata de un cambio en el objeto de la creencia, dejando de sacralizar la divinidad cristiana y otorgándole un carácter sagrado a la razón del hombre y a aquello que ésta puede lograr.

Roger Chartier, en su libro *Les origines culturelles de la Révolution française*, explica este cambio en el objeto de la fe en el tiempo de la Revolución Francesa:

Violentement déchristianisatrice à court terme, la Révolution a sans doute constitué, plus fondamentalement, l'achèvement manifeste d'un "transfert sacré" qui, dès avant son surgissement, avait silencieusement déplacé sur des valeurs neuves, familiales, civiques et patriotiques, les investissements affectifs et émotionnels auparavant attachés aux représentations chrétiennes. Ainsi, non sans paradoxes, si la Chrétienté ressourcée de la Réforme catholique a suscité les détachements et abandons de la déchristianisation des Lumières, la Révolution, pour sa part, à travers son hostilité déclarée envers l'ancienne religion, a révélé à tous la réalité d'une mutation de croyance déjà opérée.<sup>16</sup> (Chartier, 2000: 159)

El artículo XV también es un ejemplo de que, para Caicedo Rojas, la fe no riñe con la razón. En dicho artículo, el autor se refiere al establecimiento de la Biblioteca Nacional en el país, la cual fue en su tiempo “una de las más ricas de la América del Sur” (*R y A*, 137) pues, para el tiempo en el que Caicedo Rojas escribe la obra, había una gran cantidad de libros en comparación con las bibliotecas de otros países. ¿De dónde vino tanta literatura? Caicedo Rojas hace notar tres fuentes principales:

---

<sup>16</sup> Traducción: “Violentamente descristianizadora en el corto plazo, la Revolución constituyó sin duda, más fundamentalmente, la culminación manifiesta de una “transferencia sagrada” que, incluso antes de su surgimiento, se había desplazado silenciosamente hacia nuevos valores familiares, cívicos y patrióticos, las inversiones afectivas y emocionales previamente vinculadas a las representaciones cristianas. Así, no sin paradojas, si la cristiandad resucitada de la Reforma católica suscitó los desapegos y abandonos de la descristianización de la Ilustración, la Revolución, por su parte, a través de su declarada hostilidad hacia la antigua religión, reveló a todos la realidad de un cambio en la creencia que ya había tenido lugar.”

Por los años de 1840 a 50, el Gobierno hizo traer de Europa varias obras escogidas, lo que, agregado a las donaciones de particulares, a la incorporación de las bibliotecas Pineda, Acosta y Vergara y Vergara, y por fin a las varias de los conventos despojados, desde 1861 —descabaladas ya y maltraídas por los revolucionarios de aquel año, pero ricas y abundantes en excelentes obras, entre otras muchas de escaso mérito— hizo que nuestra Biblioteca Nacional contara, como cuenta hoy, más de 50.000 volúmenes, fuera de manuscritos, cuadernos, folletos, etc. (*R y A*, 137-138)

A excepción de las obras traídas de Europa, Caicedo Rojas afirma que la mayoría de los volúmenes provino de conventos y de las bibliotecas personales de escritores que tenían una cosmovisión cristiana (nos referiremos a Vergara y a otros intelectuales más adelante). Esto demuestra que muchos de los libros que guardaban el conocimiento del país y habían educado a sus ciudadanos estaban en posesión o habían sido escritos por pensadores católicos. Además, Caicedo Rojas dice que ya en 1768 José Antonio Isabella, cura de la Catedral y Rector del Colegio Seminario de San Bartolomé, revisó el convento llamado “el Máximo” y halló al menos 800 volúmenes (*R y A*, 137), demostrando que los conventos y otros lugares fundamentales en la práctica de la religión guardaban importantes cantidades de conocimiento.

Finalmente, vale la pena resaltar que, a lo largo de la obra, Caicedo Rojas busca afirmar que Colombia es una nación que está en un proceso importante de desarrollo científico. Aparte del artículo VII y la mención constante de la influencia de las instituciones religiosas en diferentes áreas del desarrollo del país, el autor también hace énfasis en el trabajo de científicos nacionales conocidos. Si bien no relaciona cada invento o anécdota de estos intelectuales con la religión, sí hay una intención implícita de recordarles a sus lectores que las grandes mentes del país habían sido instruidas bajo la influencia del pensamiento cristiano. Esta es una idea que otros intelectuales del sector conservador defendieron, como Vergara, cuando dijo:

Aquí es del caso hacer notar los escalones que recorrió la civilización entre nosotros para llegar al pueblo. Hemos visto su cuna en la Iglesia, que fue la que verdaderamente la trajo a las selvas de las colonias. Los frailes se encargaron del cuidado de su infancia débil y contrariada: ellos cultivaron las ciencias y las letras hasta mediados del siglo XVIII. Por este tiempo ya no había frailes eminentes en ciencias, y su lugar lo ocupaban los clérigos. Estos se encargaron del precioso depósito, y cuidaron ya no de su infancia, sino de su brillante juventud hasta 1810, en que comenzó a pasar a manos de los seculares más religiosos, y de estos, en años posteriores, ha pasado a todas las clases de la sociedad, perdiendo tal vez en intensidad, pero ganando en extensión. [...] En apoyo de esta observación, haremos notar que, como lo dejamos expuesto en las páginas anteriores,

clérigos fueron una gran parte de nuestros hombres científicos y de nuestros literatos. Mutis, el fundador de las ciencias, el que sembró ese árbol cuyas flores nos enorgullecen, era sacerdote; y sacerdotes eran Duquesne, García Tejada, Padilla, Caicedo, Manrique y Gruesso. Caldas no tuvo en su magnífica empresa del *Semanario*, mejores auxiliares que los clérigos. Valenzuela, la mejor gloria del estado de Santander, colaboraba, como lo acabamos de ver, con varios rasgos de suma importancia, y con la noticia estadística de la exportación de quinas por el puerto de Cartagena en los años de 1802 a 1807. (Vergara, 1974b: 131)

Esta cita es particularmente relevante en nuestro análisis si tenemos en cuenta que Caicedo Rojas tiene presente los postulados de Vergara todo el tiempo a lo largo de *Recuerdos y apuntamientos* (e. g. *R y A*, 58-71, 137-139, 144). De hecho, Padilla resalta que las ideas y postulados de Vergara, a pesar de haber sido escritos a mitad del siglo, sirvieron de fundamento para que Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez y otros conservadores de la época escribieran la Constitución del 86 y construyeran todo el ideario regeneracionista:

Disimulada en el plano de la historia literaria, [Vergara] plantea esta eventual solución, mucho antes de que fuera institucionalizada en la constitución del conservador Rafael Núñez (1886). Implícitamente, el historiador propone una organización política administrativa que contemple la tradición y el pasado nacional. (Padilla, 2008: 225)

Quizá el artículo en dónde es más evidente la intención de exaltar el trabajo de aquellos científicos que fueron influenciados por la religión es el IX, en el cual se mencionan parte de los descubrimientos y trabajos de Caldas, como su sistema llamado “Geografía de las plantas” y su descubrimiento acerca de la medición de alturas por medio del agua en ebullición: Caicedo Rojas afirma, a través del ejemplo particular del Barón de Humboldt, que los intelectuales europeos no han reconocido de manera apropiada los avances y contribuciones de los científicos nacionales sino, por el contrario, se han aprovechado de los mismos para hacer crecer sus investigaciones en todas las áreas del conocimiento:

Caldas fue desgraciado. Igual desengaño sufrió con su Geografía de las plantas, sistema de que fue único y exclusivo inventor, y de que igualmente se aprovechó Humboldt. Parece, según estoy informado, que un distinguido botánico español, el señor Vilanova, o Villanova, reivindica para Caldas la gloria de esta invención, muy anterior a la época en que el Barón escribió su obra que lleva el mismo título. (*R y A*, 101)

La defensa que hace Caicedo Rojas de Caldas y otros como él muestra que Colombia poseía intelectuales que estaban a la altura de los pensadores europeos. Parte de la identidad del pueblo colombiano es que es religioso y, al mismo tiempo, ilustrado.

#### **2.4 La tradición oral como muestra de los “modelos ideales” cristianos**

Como lo explicamos en el primer capítulo de este trabajo, las leyendas, las anécdotas y los recuerdos, entre otros discursos que no son propiamente escritos, son utilizados en la obra como material histórico, como fuente para explicar un proceso histórico de manera no convencional. Una tercera forma en la que se evidencia que Caicedo Rojas explica la presencia de los principios y valores del cristianismo en la conciencia colectiva de los colombianos es a través de algunas leyendas populares relacionadas con la religión católica, transmitidas por la tradición oral. De acuerdo con su exposición, la tradición oral desempeña un papel fundamental en la formación de la identidad colombiana. El autor utiliza dichas leyendas para esclarecer un proceso de civilización que, en la conciencia de muchos, aparece como algo natural. Sin embargo, tal como demuestra la historia colombiana, si bien la religión es algo que en los tres siglos del periodo colonial se afianzó sin ningún problema, hasta el punto de parecer natural, en las luchas por el poder del medio siglo XIX se había convertido en un gran problema para el establecimiento del Estado.

El etnólogo Jan Vansina, en su obra *La tradición oral*, explica la manera en la que los valores culturales de una sociedad, incluyendo sus creencias, influyen en los testimonios transmitidos por medio de la tradición oral:

Los valores culturales de una sociedad son los conceptos o los sentimientos aceptados por la mayoría de sus miembros como postulados que no deben ser dudados. Estos son los “prejuicios” de la sociedad. Estos valores culturales determinan el sentido de la vida para los miembros de la sociedad: ideales a alcanzar, importancia relativa de las cosas en relación a sus objetivos, etc. Son raramente formulados de forma explícita y generalmente inconscientes para la mayoría de los miembros de la cultura. Pero regulan su comportamiento en altísimo grado. Estos valores tienen evidentemente una relación muy estrecha con los objetos perseguidos por cada individuo. Cumplen igualmente las mayores funciones en la sociedad puesto que aseguran en último lugar su mantenimiento y su funcionamiento. Los testigos están impregnados de estos valores culturales desde su más tierna infancia, y estos valores tienen cierta influencia sobre las tradiciones que conocen. (Vansina, 1968: 110)

Así, es posible rastrear aquellos postulados que no deben ser puestos en duda y que “determinan el sentido de la vida” en los testimonios de la tradición oral. Pero Vansina también explica que los

testimonios se “deforman” de acuerdo con los modelos ideales que la sociedad tiene para el comportamiento de las personas. En sus palabras:

Cada sociedad posee sus modelos ideales para cada tipo de papel y de estatuto y en cada sociedad se emiten juicios de valor sobre el comportamiento de las personas. Cuanto más se acerca esto a la norma ideal, el juicio es más favorable; cuanto más se desvía, más desfavorable. Pero como la historia posee un valor ejemplar en muchas sociedades, las tradiciones son deformadas para que se conviertan en reflejos de tipos ideales. (Vansina, 1968: 118-119).

De acuerdo con estos postulados de Vansina, los testimonios de la tradición oral contienen implícitamente los valores culturales más importantes de una sociedad y los modelos ideales otorgados a sus diferentes estatutos. De esta forma, podemos afirmar que parte de los testimonios de la tradición oral guardados en *Recuerdos y apuntamientos* ayudan a demostrar que, desde sus orígenes, el país se cimentó sobre los valores y el pensamiento cristiano.

Un ejemplo de la manifestación de los valores y los modelos ideales de la sociedad en los testimonios de la tradición oral es el Artículo XIX, en el cual se ve que la moral cristiana dio origen al teatro de Bogotá en el siglo XVIII. Caicedo Rojas le refiere a su interlocutora una tradición sobre esta institución cultural y explica las diferentes personas que la transmitieron hasta llegar a él:

Hay una tradición que yo no conocía, respecto a la historia de nuestro teatro, y que me comunicó hace algún tiempo el doctor don Liborio Zerda, cuya respetabilidad la hace acoger sin vacilación, aunque es de referencia, pues él la hubo del inolvidable Bernardo Torrente, cuyo ingenio y gracia era el encanto de sus numerosas relaciones, y lo hicieron tan popular. Este, a su turno, la recibió de sus mayores, familia raizal de muy honrosos precedentes y muy conocedora de las cosas de esta ciudad. (*R y A*, 160)

De manera resumida, esta es la historia que llegó hasta Caicedo Rojas. Tomás Ramírez era un hombre adinerado y con cierta afición a las apuestas. Un día visitó una casa a la cual iban también otras personas de la alta sociedad y estando allí observaba las partidas de otras personas. Un hombre que estaba en la casa, al parecer un magistrado principal, iba a jugar una de las partidas que Ramírez estaba observando, cuando de pronto recordó un compromiso al que tenía que asistir y salió del lugar. Este magistrado vio que Ramírez observaba la partida, así que le pidió que tomara el poco dinero que ya estaba sobre la mesa de apuestas y jugara en su lugar. Ramírez aceptó y comenzó a ganar todas las manos hasta la media noche, arruinando a los demás jugadores y acumulando una fortuna. Al siguiente día, Ramírez fue a la casa del magistrado y le contó lo

sucedido con la intención de devolverle el dinero y darle las ganancias que había hecho la noche anterior, pero el magistrado le dijo que tomara el dinero para él. Ramírez decidió utilizar el dinero ganado en una obra benéfica y se embarcó en la obra de construcción de un teatro, el famoso Coliseo Ramírez (*R y A*, 160-162).

¿De qué manera se evidencian los valores y sentimientos de la sociedad en este testimonio? Caicedo Rojas afirma que Ramírez tuvo el proceder propio de un buen cristiano. En la siguiente cita se ve la interpretación de Caicedo Rojas sobre la historia:

Y aquí me tiene usted de don Tomás, hombre de conciencia y de recto proceder, vacilando sobre el destino que debía dar a ese dinero, acerca de cuya propiedad le quedaban dudas. Pero al fin la explícita voluntad de su protector y su generosa conducta lo tranquilizaban, puesto que él había hecho lo que debía con toda la buena fe de un buen cristiano y de un caballero. Meditando más despacio sobre este asunto, resolvió al fin destinarlo a alguna obra de utilidad pública, y emprendió la construcción de un teatro. (*R y A*, 162)

Es evidente que, de acuerdo con su visión cristiana del mundo, Caicedo Rojas juzga la conducta de Tomás Ramírez como acorde al modelo ideal de un buen cristiano. En este pasaje se resalta su “conciencia” y su “recto proceder” al mostrar la intención de devolver el dinero al magistrado, y se ve su “caridad” al decidir usar los recursos para un bien de “utilidad pública”, convirtiéndolo así en un “buen cristiano” y un “caballero”. En ese sentido, fue gracias a la influencia de los valores cristianos en el carácter de Ramírez que se construyó el teatro de Bogotá en 1792 (*R y A*, 155), una edificación fundamental en el desarrollo de una institución cultural y artística tan influyente en Bogotá como lo fue el teatro.

Es importante notar que el mismo Caicedo Rojas, al hablar sobre un producto de la tradición oral, no afirma que esta historia haya ocurrido con absoluta certeza. De hecho, al final del artículo XVIII, muestra su desconocimiento al respecto al afirmar que existe la posibilidad de que la motivación de Ramírez hubiera sido el dinero: “Si entró en cálculos de Ramírez hacer un buen negocio, en una ciudad donde había conocida afición, por el teatro, y que estaba privada de esta diversión, o si fue un impulso filantrópico y pasión decidida por el arte, o si fueron una y otra cosa, no podrá decirse, ni importa saberlo” (*R y A*, 160). Al fin y al cabo, sin importar si la historia es cierta o no, su importancia radica en que es testimonio de los valores y modelos ideales del país. Como lo hemos expresado a lo largo del trabajo, Caicedo Rojas tiene el propósito de demostrar que Colombia se había construido sobre estos valores y modelos cristianos a lo largo del tiempo, por lo cual debían reivindicarse en su tiempo presente.

Otro ejemplo de la presencia de los valores culturales y sentimientos de la sociedad en testimonios de la tradición oral está en el Artículo V. Como ya vimos más arriba, al revisar este artículo, en el que el autor aborda los así llamados “Cristos notables”, lo hicimos considerando la condición de obra de arte religioso de algunos cuadros y esculturas que, debido a la manera como fueron elaborados o como llegaron al territorio nacional, adquirieron cierta importancia en el imaginario colectivo. Aquí, me veo en la necesidad de volver sobre este artículo en la medida en que las obras que allí se mencionan dieron origen a leyendas populares que, según cuenta el autor, fueron muy importantes en la consolidación del catolicismo como religión nacional. Para el autor, dichas leyendas conservan todos los “valores culturales” del catolicismo.

Así, una de las leyendas más notorias en el artículo V es la del Cristo de Egipto. La leyenda, por cierto bastante graciosa, transcurre así: un pintor tenía fama de dedicar su tiempo y dinero a las apuestas. Por andar metido en ese mal hábito, un día perdió mucho dinero y aún aquello que no tenía. De pronto un hombre se le aparece y le promete ayudarlo a saldar todas sus deudas, con la condición de que acepte un trato del cual le iba a hablar esa misma noche. El pintor deja las apuestas por ese día, se dedica devoto a la oración y analiza la situación, llegando a la conclusión de que aquél hombre era un demonio y quería tenderle una trampa. El pintor decide planear su defensa y preparar un óleo y herramientas para pintar. Como era de esperarse, el ser que le habló llega a su casa en la noche y, a cambio de su ofrecimiento de dinero, le pide su alma al pintor. El pintor le pregunta al demonio por su vida cuando aún era un humano sobre la tierra, y el demonio le dice que también era un pintor y que está buscando su alma para que le ayude a “conquistar la parte del género humano que le toca.” Al escuchar la respuesta del demonio, el pintor se alegra por cómo “la suerte ha venido a ayudarlo en su proyecto” y accede con una condición: le pide a ese “cofrade” que pinte un crucifijo con los materiales que ha preparado, con el objetivo de donarlo a una capilla. En su sed por ganar su alma, el demonio accede al trato de nuestro protagonista y pinta el crucifijo. Una vez terminado, ve el óleo y sale corriendo, asustado por ver al Cristo que él mismo dibujó. Después de esa experiencia, el pintor se convierte en un hombre ejemplar. Al final, nuestro protagonista decide pintar al demonio espantado frente a la pintura que él mismo hizo y regala la obra a la capilla de Egipto (*R y A*, 50-55).

Es importante destacar que Caicedo Rojas no considera que los sucesos de dicha narración hayan ocurrido en realidad. Por el contrario, al final del artículo cuenta que la pintura fue destruida

porque un religioso, al escuchar la tradición de esta leyenda, la consideró falsa, y Caicedo Rojas está de acuerdo:

El señor Arzobispo Mosquera, en la visita que hizo a esta iglesia, informado de la tradición que me refirió el sacristán, mandó que inmediatamente fuese quitado y quemado. Santa providencia que condenaba, así la superstición abominable de los ignorantes, como la mala pintura de un chapucero. (R y A, 55)

Si la leyenda no es cierta desde el punto de vista histórico y la pintura fue hecha por un “chapucero”, ¿por qué es esta una de las narraciones más largas en toda la obra? ¿qué cautiva el interés del autor?

En mi opinión, esta leyenda es una reivindicación de la importancia de las imágenes religiosas en el país. En términos de Vansina, la veneración de las imágenes hace parte de aquellos valores culturales de los cuales la mayoría de las personas son inconscientes, pero que regulan su comportamiento en altísimo grado. En la leyenda, la imagen del crucifijo es presentada como poderosa, al punto de poder espantar al mismo demonio que la había pintado:

Convenido, dijo al fin, y tomando la paleta y los pinceles, mientras su neófito rezaba en voz baja, pintó en cinco minutos aquella malaventurada imagen que he dicho; pero al detenerse para mirarla con atención, dio un salto hacia atrás, y tirando los pinceles y la maleta, con horribles aullidos se precipitó fuera de la casa, dejándola toda impregnada de un olor pestilencial. Al propio tiempo exclamaba el pobre pintor, entre regocijo y tembloroso: "Cristo reina, Cristo manda, Cristo sea con nosotros." (R y A, 54)

Pero no solo es evidente en la leyenda el poder de la pintura, sino también que toda la experiencia de haber sido librado del ser demoníaco tiene una influencia en la moral del pintor. De alguna forma, la obra milagrosa de Jesús, efectuada por medio de la pintura hecha por el demonio, hace que el pintor cambie su conducta, acercándose más al modelo ideal del cristiano ejemplar: “El lance fue apuradillo, pero a lo menos produjo saludable fruto, pues el pintor se curó completamente de la pasión del juego y del prurito de blasfemar, y es fama que llevó en adelante una vida ejemplar” (R y A, 54).

Finalmente, es importante destacar que a lo largo de *Recuerdos y apuntamientos* Caicedo Rojas señala la existencia de varias personas que se ajustan a este modelo ideal del cristiano fiel. En el primer capítulo de este trabajo hablamos sobre el recuerdo de la poetisa Silveria Espinosa de Rendón en el Artículo III, en donde es descrita como una “obrero incansable y paciente de la viña del Señor” (R y A, 32) y es puesta como un ejemplo a seguir para las mujeres, y de la historia de

doña Clemencia Caycedo y su esposo, fundadores del colegio para mujeres “La Enseñanza”, sobre quienes dice que eran cristianos fieles y generosos. La misma interlocutora de Caicedo Rojas es una fiel creyente, por lo cual, al hablar de la “patria celestial”, le dice: “A usted espero verla por allá también cuando Dios sea servido. Gran gozo será el mío el día que pueda estrechar su mano...” (R y A, 156).

Quizá el ejemplo más notorio de una persona que se ajuste al modelo del cristiano ideal es su amigo Domingo Maldonado, quien murió poco tiempo antes de que se publicara la obra. Caicedo Rojas dice en el Artículo IV que él fue el “amigo de [su] juventud, [su] compañero de trabajo durante largos años, [su] colaborador espiritual en la prensa” (R y A, 35). Maldonado, también escritor como Caicedo Rojas en arte y prensa, poseía muchas de las características que Caicedo Rojas él aprecia en una persona, como la fe, la generosidad y el amor por el arte. El siguiente pasaje muestra ese proceder que Caicedo Rojas ve en el cristiano ideal:

[Su] modo de ser me ha servido más de una vez de ejemplo y doctrinal en mis acciones y resoluciones. (...) usted habría simpatizado con su carácter ingenuo, su igualdad inalterable, su habitual alegría infantil, su recto juicio y excelente corazón. Tan amable conjunto le habría encantado a usted, y su graciosidad oportuna, sobria y de buen gusto, la habría regocijado. (...) de sus movimientos se traslucía una alma candorosa, apasionada sin exageración por todo lo grande, y estimador del mérito, verdadero. Atinado juez en todo lo que se relacionaba con la belleza de las artes era él mismo artista aficionado de la mejor ley. (...) Jamás retrocedió un paso en el cumplimiento del deber, ni su benevolencia y cortesanía contemporizaron con lo que no creía justo y razonable, o con exigencias indebidas. Creyente y religioso sin ostentación, vivió como cristiano sincero y murió como había vivido. (R y A, 36-37)

Concluimos este capítulo afirmando que *Recuerdos y apuntamientos* hace parte del esfuerzo del bando conservador al final del siglo XIX colombiano por “regenerar” al país, devolviéndole al pueblo colombiano su identidad de católico y español, al tiempo que lo convencía de que entraba en las vías del progreso y la modernidad. Si bien la labor de Caicedo Rojas no era propiamente política, su escrito artístico hace parte de la gran producción literaria en la segunda mitad del siglo que abogó por reafirmar la religión católica como un elemento identitario fundamental en medio de la crisis de conciencia que atravesaba el país a causa de las reformas liberales.

Hemos demostrado que Caicedo Rojas, por medio de múltiples manifestaciones artísticas, narraciones sobre el desarrollo científico e intelectual del país, y testimonios de la tradición oral,

busco resaltar la religión católica como elemento unificador de la identidad de la nueva Colombia de 1886, otorgándole una segunda naturaleza a los habitantes del país. Colombia era, según la construyó Caicedo Rojas a lo largo de *Recuerdos y apuntamientos*, un país cuyas obras de arte hablaron del objeto de la fe cristiana desde el tiempo de la conquista, cuyos intelectuales y científicos han sido influenciados por la religión para seguir civilizando a la nación, y cuyos hombres y mujeres ejemplares eran generosos, inteligentes, amantes del arte y, sobre todo, creyentes.

## Consideraciones finales

La tendencia general de la crítica al estudiar las obras del costumbrismo colombiano es dejar de lado el análisis estético de las obras, para centrarse en el aspecto descriptivo y documental, así como en el folclórico en general. Así, desde mi punto de vista, el mayor logro de este trabajo fue romper con ese acercamiento general de la crítica y encontrar el proyecto estético que anida en *Recuerdos y apuntamientos* de José Caicedo Rojas. En esta obra particular, llena de recuerdos, anécdotas, leyendas, comentarios aparentemente desordenados, digresiones y relatos propios del género de costumbres, hemos conseguido dejar el estigma del provincialismo y estudiar la obra con la intención de descubrir su valor literario y atribuirle la importancia que merece en la historia de las letras nacionales.

Así, en el capítulo 1, afirmamos que, antes de desentrañar el proyecto estético que anida dentro de las obras del costumbrismo, es necesario estudiarlas en su totalidad, atendiendo a su género literario y revisando su estructura compositiva. Para el caso de *Recuerdos y apuntamientos*, nuestro análisis del género literario y de los aspectos compositivos nos permitió encontrar que la obra toma características de una “historia no convencional.” En ella, Caicedo Rojas abandona la forma tradicional de narrar los eventos y fenómenos históricos, fundamentada en la cronología, en el estudio científico de los documentos y en el relato tradicional y adopta un método particular en el que sobresalen: el recuerdo, las historias realizadas por colegas contemporáneos, el humor y los cuadros de costumbres, entre otras estrategias discursivas. Sin embargo, sobre la forma compositiva de la obra, vale la pena preguntarnos: ¿qué otros elementos o estrategias de la obra rompen con las historias tradicionales aparte de los que se mencionan en nuestro análisis? Es posible que aún haya aspectos compositivos que no han sido abordados en este trabajo y que enriquecerían el análisis de la obra.

Después de entender la forma compositiva de la obra y el pacto de lectura utilizado por el autor, en el capítulo 2, procedimos a buscar aquellos símbolos que, en palabras de Castoriadis, constituyen las significaciones imaginarias que identifican al pueblo colombiano. La lectura de la obra nos permitió encontrar que Caicedo Rojas reafirma a lo largo de la obra el sentimiento cristiano católico a través del arte religioso, de la razón científica y de la tradición oral, viendo en el catolicismo una segunda naturaleza propia de los connacionales. Su objetivo es mostrarles a sus lectores que la fe y la organización moral y social que proviene de ella han sido parte de Colombia desde el tiempo de la colonia hasta finales del siglo XIX. De esta manera, el autor adhiere al

proyecto regeneracionista que buscó revertir las reformas de los liberales radicales. Pero, a pesar de este hallazgo, aún vale la pena preguntarse sobre la obra: ¿qué otros elementos distintos a la fe católica se perciben como esenciales para identificar al ciudadano colombiano de finales del siglo XIX? Un análisis más amplio del arte, de la ciencia y de la tradición oral permitirá identificar otros símbolos fundamentales en el imaginario de Colombia.

Como ejemplo de lo anterior, vale la pena resaltar un aspecto relacionado con el arte en el que es posible hacer una investigación más amplia. Mencionamos en el segundo capítulo que las obras artísticas y las anécdotas de diferentes artistas constituyeron un medio utilizado por Caicedo Rojas para expresar el sentimiento religioso de la nación. Al analizar la toma de posición del autor y de otros intelectuales y artistas, es posible percibir que no todos entendían ni aceptaban el concepto de autonomía artística, pues sus producciones eran guiadas por sus ideas sobre lo que significa ser un buen cristiano. Esto parece encarnar el concepto de “modernidad postergada” de Rubén Jaramillo (Vélez, 1998: 28), del cual hablamos en el capítulo dos. Así, sería importante revisar qué papel juegan el concepto de autonomía artística y las producciones de los intelectuales mencionados por Caicedo Rojas en el desarrollo de las artes en el país. Dicho análisis está fuera de los límites de este trabajo.

Quizá el aspecto más importante en el cual es necesario continuar estudiando *Recuerdos y apuntamientos* es el de su recepción. Como ya lo vimos en la introducción, una revisión general de la bibliografía que ha estudiado la obra de Caicedo Rojas nos deja ver que no hay investigaciones que aborden *Recuerdos y apuntamientos* en su totalidad. Permanece la pregunta: ¿cómo se leyó la obra en las últimas dos décadas del siglo XIX? En otras palabras, ¿qué efecto tuvo esta presentación de los símbolos nacionales en los lectores del tiempo de Caicedo Rojas? Para lograr dicho análisis, sería necesario salirnos del estudio interno de la obra e ir a los periódicos de la época y los escritos de autores costumbristas que leyeron a Caicedo Rojas, lo cual no se hizo en este trabajo.

Además, como lo mencionamos en el segundo capítulo de este trabajo, de un total de 28 artículos de la obra, 11 están relacionados en alguna medida con la construcción del teatro de Bogotá y las compañías que participaron en él. En estos artículos, el autor hace un análisis de las implicaciones morales y culturales del teatro en una sociedad. Esto es importante en vista de que, como lo mencionamos en la introducción, Caicedo Rojas fue un importante gestor cultural y que varios de los trabajos que se han hecho en torno a su obra están relacionados con ese rol en

específico. Así, queda la pregunta: ¿qué efecto tuvo esta sección de la obra en la promoción de las artes en el país?

Sin duda, el mayor desafío que este trabajo deja para futuras investigaciones es el de continuar estudiando las obras del costumbrismo colombiano con una perspectiva que permita esclarecer su valor estético y su sentido histórico cultural. Incluso, si sólo nos limitamos a los escritos de José Caicedo Rojas, aún hay mucho por analizar. ¿Cuál es el proyecto estético que anida en *Apuntes de Ranchería y otros escritos escogidos*? Dicha obra, compuesta principalmente por cuadros de costumbres, fue escrita en una época distinta al período de la Regeneración que el autor tiene en mente al escribir *Recuerdos y apuntamientos*. ¿Cuál es el proyecto estético que anida en su novela *Juana la bruja*? Contrario a *Apuntes de ranchería y otros escritos escogidos*, esta obra fue escrita hacia el final de la vida de Caicedo Rojas, en 1894, cuando ya habían pasado 8 años después del establecimiento de la nueva Constitución. Además, hay otras obras que fueron escritas en la década de los años 50, cuando nuestro autor aún tenía una visión de mundo más cercana al pensamiento liberal. En ese sentido, valdría la pena, después de estudiar las obras, hacer un trabajo de literatura comparada entre sus obras más tempranas y las más tardías.

## Bibliografía

### Primaria

Caicedo Rojas, J. (1950). *Recuerdos y Apuntamientos*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana. (Obra original publicada en 1886).

### Secundaria

Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, S.A. (Obra original publicada en 1983).

Ayala, M. (2017). *José Caicedo Rojas "El Mesonero colombiano", Juan de Dios Restrepo "El Larra colombiano" y el "Museo de cuadros y costumbres" (1866)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Bajtín, M. (1999). *La estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI Editores. (Obra original publicada en 1979)

Bajtín, M. (2003). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1941).

Bidegáin, A. (enero-abril 1987). El debate religioso en torno al establecimiento de la Constitución de 1886. *Texto y Contexto*, (10), 145-168.

Blanco, P. y Ferrer, J. (2017). *Lutero 500 años después: breve historia y teología del protestantismo*. Editorial RIALP.

Borja, J. (2012). *Pintura y cultura barroca en la Nueva Granada: los discursos sobre el cuerpo*. Alcaldía Mayor de Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Caicedo Rojas, J. (1945). *Apuntes de Ranchería y otros escritos Escogidos, Tomo 1*. Bogotá: Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos. (Obra original publicada en 1884).

Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Tusquets editores. (Obra original publicada en 1975).

Chartier, R. (2000). *Les origines culturelles de la Révolution française*. Editorial POINTS.

- Comellas, J. L. (2015). *Historia de España Moderna y Contemporánea: Decimoctava edición actualizada*. Madrid, Ediciones RIALP, S. A.
- Cortés, J. (2016). “Ni Mozarts, ni Rossinis, ni aún Paganinis”: *Cultura Musical en Bogotá, de José Caicedo Rojas (1816 - 1898) a Honorio Alarcón (1859 - 1920)*. Universidad Nacional de Colombia.
- Cristina, M. T. (1992). El costumbrismo. En M. T. Cristina (Ed.), *Gran Enciclopedia de Colombia, Volumen 4: literatura* (pp. 101-110). Círculo de lectores, S. A.
- Duque, E. (1996). La sociedad filarmónica o la vida musical en Bogotá hacia mediados del siglo XIX. En *Ensayos: Historia y Teoría del Arte*, (3), 75-92.
- Díaz Vásquez, A. (2009). *Pluma, Papel y tinta: Prensa literaria y escritores en Bogotá, 1846-1898*. Universidad de los Andes.
- Galster, I. (2011). *Aguirre o la posteridad arbitraria*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- García Molina, M. (1996). Jesuitas, masones y conspiradores: dramas bogotanos a mediados del siglo XIX. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (23), 87–114.
- Gonzáles, F. (1987). Iglesia y estado desde la convención de Rionegro hasta el olimpo radical 1863-1878. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (15), 91-163.
- González, F. (1997). *Poderes enfrentados: Iglesia y Estado en Colombia*. Cinep, Santafé de Bogotá.
- Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza. (Obra original publicada en 1950).
- Jandová, J. y Volek, E. (eds. y trads.). (2020). *Signo, función y valor: estética y semiótica del arte de Jan Mukarovsky*. Universidad Nacional de Colombia.
- Jurado, J. C. (2010). *Pobreza y nación en Colombia, siglo XIX*. Universidad EAFIT, Colombia.
- Melo, O. (1989a). Del federalismo a la Constitución de 1886. En A. T. Mejía (Ed.), *Nueva Historia de Colombia, Tomo I* (pp. 17-42). Planeta Colombiana Editorial S. A.
- Melo, O. (1989b). La constitución de 1886. En A. T. Mejía (Ed.), *Nueva Historia de Colombia, Tomo I* (pp. 43-64). Planeta Colombiana Editorial S. A.

- Melo, O. (2017). *Historia mínima de Colombia*. Editorial Turner, México.
- Ochoa, A. (2014). José Joaquín Borda: manifestaciones de una vocación intelectual en el siglo XIX. *Anclajes*. XVIII, (2), 1-18.
- Ortiz, L. (2013). La Iglesia católica y la formación del Estado-nación en América Latina en el siglo XIX: el caso colombiano. *Almanack: Guarulhos*, (06), 5-25.
- Padilla, I. (2008). *El debate de la hispanidad en Colombia: Lectura de la Historia de la Literatura en Nueva Granada de José María Vergara y Vergara*. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla, I. (2010). Historicismo literario y americanismo católico hispanizante en las historias de las literaturas hispanoamericanas del siglo XIX. En C. E. Acosta (Ed.), *Representaciones, identidades y ficciones: lectura crítica de las historias de la literatura latinoamericana* (pp. 123-188). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla, I. (2015). Lectura política del Genio del cristianismo en Colombia (1840-1886). En M. C. Barelli, P. Escalante, y R. Pulley (Ed.), *V.V.A.A. Actas del Congreso Internacional "América del Sur y el movimiento ilustrado."* (pp. 246-255). Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Padilla, I. (2016). *Jorge Isaacs y María ante el proceso de secularización en Colombia (1850-1886)*. Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla, I. (2017a). Introducción: El museo de cuadros de costumbres (1866) y el costumbrismo en Colombia. En *Museo de Cuadros y Costumbres* (pp. 7-12). Bogotá: Filomena.
- Padilla, I. (2017b). Formas de autoconciencia e identidad hacia el medio siglo XIX en Colombia. En I. Padilla (Ed.), *Cuestión española y otros escritos de José María Vergara y Vergara* (pp. 57-80). Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia.
- Padilla, I. (2021). *Manuela y el socialismo utópico: Eugenio Díaz ante la reforma liberal de la República de la Nueva Granada*. Bogotá: Filomena.
- Samper, M. (1969). *La miseria en Bogotá*. Biblioteca Universitaria de Cultura Colombiana.
- S.N. (1950). Introducción: El costumbrismo en la literatura colombiana. En Caicedo Rojas, J. (E.d), *Recuerdos y Apuntamientos* (pp.7-15). Bogotá: Biblioteca Popular de

Cultura Colombiana.

Vansina, J. (1968). *La tradición oral*. Editorial Labor, S. A. (Obra original publicada en 1961).

Vélez, R. J. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Editorial Temis.

Vergara y Vergara, J. (1974a). *Historia de la Literatura en Nueva Granada, Tomo I*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular. (Obra original publicada en 1867).

Vergara y Vergara, J. (1974b). *Historia de la literatura en Nueva Granada, Tomo II*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular. (Obra original publicada en 1867).

White, H. (2001). *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX*. Fondo de Cultura Económica de México. (Obra original publicada en 1973).